Año IV—Nº 17 Enero de 1911



NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO PSICOLOGÍA, ETC.

La ciencia describe algunos de los atributos de las cosas, pero las causas originales que producen esos atributos permanecen desconocidos para ella, y permanecerán así hasta que sus poderes de percepción sean capaces de penetrar en lo invisible.

(FRANZ HARTMANN).

COLABORADORES:

ENRIQUE JIMÉNEZ NÚÑEZ, J. S. GONZÁLEZ R., WALTER J. FIELD, JOSÉ MONTURIOL, ROBERTO BRENES MESÉN M. ROSO DE LUNA, TOMÁS POVEDANO.

DIRECTOR:

TOMÁS POVEDANO

ADMINISTRACIÓN, EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA, A. C.
APARTADO NÚMERO 220

SUMARIO:

IMPRENTA DE AVELINO ALSINA

PARA INFORMES, PODRÁN DIRIGIRSE:

Presidente: MRS. ANNIE BESSANT, The Theosofical Society, Adyar Madras, India inglesa.

EN ESPAÑA:
Madrid.—Sr. Manuel Treviño, Atocha, 127 duplicado, tercero.
Barcelona.—Sr. Ramón Maynadé, Tapinería, 24.

EN FRANCIA:
París.—Ch. Blech, 59, Avenue de la Bourdonnais.

EN ALEMANIA:
Berlín, W.—Dr. Rudolf Steiner, 17 Motzstrasse.

EN INGLATERRA:
London, W.—Mrs. Sharpe, 106, New Bond Str.

EN ITALIA:
Génova.—Prof. O. Penzig, 1, Corso Dogali.

EN HOLANDA:
Amsterdam.—A. J. Cnosp-Koopmans, Amsteldijk, 76.

EN SUECIA:
Stokolm.—Arvid Knos, Engelbretsgatam.

EN LA INDIA:
Benarés, U. P. India.—Mr. R. Narayanaswami Iver.

EN CUBA:
Habana.—Sr. Rafael de Albear, Apartado 365.

EN COSTA RICA:
San José.—Sr. Tomás Povedano, Apartado 220.

EN AMÉRICA DEL NORTE:
Chicago.—Dr. Weller van Hook, 103, State Str.

EN AMÉRICA DEL SUR:
Buenos Aires.—Mr. Einar K. With, P. O. Box 631.

EN VENEZUELA:
Caracas.—Sr. Juan José Brensó, Sur, 5, núm. 84.

EN LA REPÚBLICA ARGENTINA:
Buenos Aires.—Sr. Alejandro Sorondo, Avª República núm. 8.

EN LA REPÚBLICA URUGUAY:
Montevideo.—Sr. F. Díaz Falp.

EN CHILE:
Valparaíso.—Dr. E. Morizot, Casilla 750.

EN PERÚ:
Lima.—Sr. Federico Valles Vargas, Casilla de Correo 777.

EN CEYLAN:
Mrs. M. M. Higgins, Musæus School for Buddhist Girls, 8, Rosmead Place, Cinnamon Garden, Colombo, ó Mr. H. S. Perera, 61 Maliban St. Colombo.

EN AFRICA DEL SUR:
Transvaal.—Major C. L. Peacocke, P. O. Box 3899, Johannesburg.

EN AUSTRALIA:
W. G. John, 42 Margaret, Street, Sidney, N. S. W.

EN NUEVA ZELANDA:
C. W. Sanders, His Majesty's Arcade, Queen St. Auckland.

EN HUNGRÍA:
J. Agoston, Rökk Szilard-uteza, 39, Budapest VIII.

EN RUSIA:
Petersburgo.—Mme. A. Kamensky, Kabinetskaya 7.

“VIRYA”



LA CONDESA CONSTANCE WACHMEISTER

"VIRYA"

Estudios de Teosofía, Hermetismo, Orientalismo
Psicología, etc.

Año IV | San José, Costa Rica, Enero de 1911 | Num. 17

La Condesa Constance Wachmeister

Esta notable señora, más notable por sus virtudes, cualidades y talentos, que por los títulos nobiliarios, abandonó la tierra dejando tras sí gratísima memoria. Fue uno de los primeros adalides que acudieron á ocupar honroso puesto en las filas entusiastas de la Sociedad Teosófica, para prestar valioso contingente ante el ara de la Verdad, el cual era ya reclamado por las necesidades imperiosas de la evolución. Su alma delicada, puede llevar consigo la dicha que emana del deber cumplido. En lugar de dedicar su vida á las superficiales y vanas satisfacciones del culto personal, en que se atrofian y destruyen tantas salvadoras energías, supo emplearla en difundir su luz entre los que aspiran á libertarse del error. ¡Que puedan acompañarla nuestros amorosos y puros recuerdos al dichoso lugar de sus merecimientos y contribuyan á acrecentar su dicha!

En el próximo número ampliaremos estos datos biográficos con la traducción de un interesante artículo publicado en el "Bulletin Théosophique."

Teosofía Elemental

Nuestro Sistema Solar

Un Sistema Solar es un grupo de mundos que giran al rededor de un Sol central y del cual reciben luz, vida y energía. Sobre esto tanto los Teosofistas como los no Teosofistas están de acuerdo. Pero los Teosofistas ven mucho más que esto en un sistema solar. Este es para ellos un vasto campo de evolución dirigido por un Señor Divino, el cual ha formado su materia del ether del espacio, ha impregnado esta materia con su vida y organizado con ella su cuerpo, vertiendo desde su corazón, el Sol, la energía que circula á través del sistema como sávia de vida, sangre que vuelve al corazón cuando sus propiedades nutritivas se han agotado para ser vivificadas y enviadas nuevamente á su trabajo en el mantenimiento de la vida.

De aquí, pues, que un Sistema Solar sea para un Teosofista, no solamente un espléndido mecanismo de materia física, sino la expresión de una vida que da sustento á las vidas que de ella se derivan; persistente en todas partes con inteligencia latente ó activa, deseos y actividad. Que «existe por amor á su propio Yo», á fin de que los gérmenes de la Divinidad, los Yos ó Egos embrionarios emanados del Ego Supremo, puedan desenvolverse á semejanza del de su Padre-Dios, de cuya naturaleza están dotados, siendo verdaderos «partícipes de la Divina Naturaleza». Que sus globos son los «conductores del hombre»; y no solamente de los hombres, sino que, junto con

los seres sub-humanos, todos son sus habitantes. Que en mundos más sutiles que el físico habitan seres más altamente evolucionados que el hombre, así como también seres menos evolucionados, todos revestidos de cuerpos más finos que los físicos y por lo tanto invisibles ante los ojos físicos, pero no menos activos é inteligentes; seres entre los cuales se encuentran miriadas de hombres, hombres que se encuentran por la ocasión despojados de su vestidura carnal, pero que no por eso sean menos activos, amantes ó pensadores. Y que aun durante la vida en nuestro mundo físico, metidos dentro del estuche de la vestidura carnal, el hombre está en contacto con esos otros mundos y con los seres del otro mundo, y que puede estar en relaciones conscientes con ellos, como los Fundadores, los Profetas, los Místicos y Videntes de todas las creencias lo han atestiguado.

El Señor Divino se manifiesta El mismo en su sistema bajo tres aspectos ó personas: el Creador, el Preservador y el Regenerador; estos son el Espíritu Santo, el Hijo y el Padre de los cristianos; el Brahma, Vishnu y Shiva de los Hindus; el Chochmah, Binah y Kether de los Cabalistas Hebreos; el Tercer, el Segundo y el Primer Logos de los Teosofistas, quienes usan del antiguo término griego «el Verbo» para Dios manifestado.

La materia del sistema ha sido formada por el Tercer Logos, siendo siete los géneros de átomos que El ha producido; los agregados compuestos de esos átomos constituyen las siete clases fundamentales de materia que se encuentran en el Sistema, cada clase es más densa que la precedente, y cada una tiene su correlación con una fase determinada de la Consciencia. A la materia compuesta de un género particular de átomos, la denominamos nosotros, un plano, ó mundo; de ahí el que reconozcamos siete de estos planos en el Sistema Solar: los dos superiores son los planos divinos ó supra-espirituales, los planos de los Logos, y en el inferior entre estos dos, es en el que tiene su nacimiento y mora el Ego humano, la Mónada, Dios en el hombre; los dos siguientes son los planos espirituales, al alcanzar los cuales el hombre se da cuenta de que él mismo es divino; el quinto, continuando la densificación, es el

Pruebas de la Teosofía [1]

Por lo general la primera vez que la teosofía es expuesta á las personas, inspira ella un vivo interés, pero al mismo tiempo admira algún tanto la osadía de las afirmaciones que hace; y—como es natural—se nos pregunta cuál es el testimonio que tan profundamente nos ha convencido de sus verdades, y cómo sería posible que uno llegase á convencerse también.

Trataré en este trabajo de contestar á esa pregunta, y para introducir en el mismo un elemento personal por breves momentos, creo que lo mejor que puedo hacer es referir con sinceridad la manera como yo mismo adquirí esas convicciones; porque en mi parecer la experiencia de una persona que ha buscado con éxito la verdad, en una línea dada, es siempre útil y despertará á no dudarlo el interés de aquellas que buscan por la misma vía.

La primera vez que tuve conocimiento de las enseñanzas teosóficas, era yo pastor de la Iglesia Anglicana, cargo que tal vez estaría aún desempeñando, si no hubiese empezado á reflexionar sobre ciertas materias, en las cuales es preferible que no piense quien desea continuar siendo ortodoxo.

Figuraba en el número de mis deberes como pastor el de preparar á los jóvenes para la Confirmación, y en más de una ocasión esos jóvenes sentían nacer en ellos dudas, generalmente inspiradas por las obras de Paine ó de Bradlaugh, y me dirigían preguntas sobre las mismas.

---

(1) Tomado de *Le Lotus Bleu*, Revista Teosófica francesa, números 1 y 2 correspondientes á los meses de marzo y abril de 1904.

Siempre les contestaba á entera satisfacción de ellos, mas no siempre de la mía, porque al hacer yo mismo la crítica de los argumentos que había empleado—que son los que siempre se emplean en casos parecidos—me veía obligado á reconocer que yo no hubiera aceptado esos argumentos en cualquiera otra materia. Así veía que si alguien me hubiese ofrecido, como prueba de cualquier hecho histórico, el testimonio sobre el cual reposa la narración evangélica, la habría rechazado en el acto como insuficiente. Y como toda la teoría acerca de la Eterna Salvación parece sin embargo estar basada en esta pretendida narración, la falta de certidumbre me parecía grave, tanto más, que hacía surgir en mí la penosa impresión de que estaba enseñando algo que no era la verdad. No me quedaba pues otra cosa que hacer, que estudiar más á fondo la cuestión y escudriñar lo que sobre ella pensaban los eruditos de la Iglesia; y esto me condujo á una decepción: los eruditos no decían nada sobre el punto, nada por lo menos que tuviese algún valor para el investigador.

Encontré en ellos afirmaciones rotundas y reprobaciones duras dirigidas para los desgraciados que osasen dudar, pero nada absolutamente que hubiese podido ser considerado como una evidencia, si se hubiese tratado de otra materia cualquiera. En efecto, nada se halla entre todos esos eruditos que responda verdaderamente á las objeciones presentadas, y así, cuando la atención y las facultades críticas del hombre se dirigen hacia estos asuntos, pronto comprende que todo el sistema que desarrolla la ortodoxia es falto de razones, sin un fragmento de evidencia que milite en su favor. Todas las pruebas presentadas se desvanecen desde el momento mismo que son sometidas á un examen algo concienzudo y la certeza no se descubre en parte alguna.

Momento terrible es ese en que uno se encuentra ante un vacío tal con referencia á la religión en que ha sido educado; se sienten entonces todas las convicciones propias derruidas hasta la raíz sin que de ellas quede cosa alguna. Por lo que á mí respecta, mi estado de espíritu no se encontraba en ese momento en situación tan incierta como podría ser el caso con otros; y es que con anterioridad había dirigido ya mis inves-

tigaciones al terreno del Espiritismo y por lo mismo *sabía* que algunas de las doctrinas religiosas eran verdaderas. Pero al examinar sosegadamente y á la fría luz de la razón la historia de la Creación y aquella insensata cólera del Creador, de la cual dicen los ortodoxos no ser posible sustraerse uno más que por el sacrificio expiatorio, todo me parecía extravagante y destituido de racionalidad una vez despojado del ropaje sagrado con que lo revistieron el espíritu religioso y la costumbre afianzada por el trascurso del tiempo; y este conjunto incoherente de los fragmentos de una fe olvidada, no podía—como á muchos—proporcionarme ninguna satisfacción real.

Por esa época, y como por casualidad—si es que puedo expresarme así no creyendo en la existencia de la casualidad—vino á mis manos el libro de Mr. Sinnett *El Mundo Oculto*.

Encontré expuesto en él un sistema de excelente filosofía que inmediatamente cautivó mi atención y me inspiró un interés profundo; sistema aún más detallado en su segunda obra: *El Budhismo Esotérico*, cuya lectura me hizo hacer notar varios puntos que diferían totalmente de todo cuanto hasta allí había aprendido.

Conocía en efecto la existencia de estas dos teorías: la concepción materialista, según la cual todo se rige por un ciego acaso, y la teoría ortodoxa, que pretende que los hombres están destinados al bienestar ó á la desgracia y nacen en un medio civilizado ó bárbaro, de virtud ó de vicios, sin más norma que la del capricho divino. Dos concepciones en extremo defectuosas, porque no presentan la menor apariencia de razón y son impotentes para explicar un sinnúmero de fenómenos.

Los escritos del coronel Ingersoll y de otros escritores habían refutado ya de manera tan brillante la teoría del capricho divino, que ninguna objeción más me restaba que añadir por mi parte. En cuanto al materialismo; su insuficiencia me era conocida puesto que muchos fenómenos, observados por mí mismo, no había alcanzado á explicármelos. Así pues, la tercera hipótesis, la de la Teosofía, poseía para mí indudablemente ventajas inmensas, porque no sólo me explicaba las dificultades con que había tropezado y que las otras dos no podían solucionar, sino que además me presentaba una solución

verdaderamente plausible de todas las condiciones que nos rodean, así como un sistema inteligible, en que el pasado, el presente y el porvenir del hombre quedan completamente englobados. Más aún, la encontraba acorde con el conjunto de las tendencias científicas actuales. Había hallado, en suma y por primera vez, una filosofía razonada que hacía posible creer en el todo—poder y amor infinito de un Dios sin estar forzado á cerrar los ojos con respecto á los fenómenos de la vida.

Me amparé á esta teoría que me pareció la mejor de las tres é impulsé mis investigaciones adelante por el mismo camino. Lo primero que hice fué buscar á Mr. Sinnett quien me recibió con esa afectuosa cordialidad y cortés acogida bien conocida de todas sus amistades, y, gracias á él, pude desde luego entrar á formar parte de la Sociedad Teosófica.

Por esa época la literatura teosófica era muy escasa. Carecíamos de todos esos manuales cuyas explicaciones detalladas facilitan tanto, hoy día, el estudio de las doctrinas teosóficas, y fuera de las dos obras citadas, no poseíamos más que *Isis sin Velo* y *La Vía Perfecta*. Al preguntar cómo esos conocimientos habían invadido el Occidente, se nos contestaba que por medio de Madame Blavatsky los habían propagado algunos grandes instructores orientales.

La filosofía Hindue era para nosotros mucho más avanzada que todo lo que hasta entonces nos era conocido; mucho más avanzada que lo que enseñaba la ortodoxia, pero no por eso superior á lo que enseñaban los primitivos cristianos, enseñanzas contenidas en los escritos de los grandes gnósticos, que la mayor parte de la Iglesia primitiva, en su ignorancia, repudió, dando margen á que la religión del Occidente de allí en adelante nada pudiese ofrecer al pensador serio, con lo que faltó á una de las mayores condiciones que toda religión debe revestir, la de esforzarse en satisfacer á las necesidades de cada clase, tanto á los simples é ignorantes, como á los de espíritu cultivado y filosófico, como de hecho ocurría en ellas al principio cuando suministraban enseñanzas simples para quienes no podían asimilarse mayor cosa, y conservaban en reserva una instrucción metafísica para los más aptos en penetrar el fondo íntimo de las cuestiones.

En este particular el Cristianismo en nada cedió á las demás religiones, porque primitivamente daba una eseñanza secreta para aquellos que se mostraban dignos de ella; pero como queda indicado degeneró con el tiempo la Iglesia y olvidó sus derechos y deberes de mayorazgo.

Madame Blavatsky por la época á que me refiero enseñaba, que de todos tiempos había existido un círculo de hombres que conocían las grandes verdades de la Naturaleza, y eran por consiguiente aptos para enseñarlas á otros, verdades que lejos de ser nuevas eran tan viejas como el mundo. Surgía pues la pregunta de si podíamos aprender alguna cosa más; y se nos respondía, que probablemente, porque esos Grandes Maestros de Sabiduría forman con frecuencia discípulos, y por lo mismo toda persona dispuesta á dedicar su vida á servicio de la humanidad podía abrigar la esperanza de que con el tiempo se le recibiese entre ellos. Nada podía prometernos al respecto—porque la cuestión dependía enteramente de la decisión de los Maestros: pero puesto que antes habían aceptado á otros, quedaba siempre la esperanza para los que posteriormente, si así lo ansiaban, se tomaban el trabajo de prepararse para un desenvolvimiento superior.

Mi impresión fué que una persona que como yo apenas salía de lo ordinario, no podía en manera alguna aspirar á un honor de esa naturaleza, en lo que era esta encarnación, pero que sin embargo mucho había que estudiar en este nuevo sendero y que podría por lo menos trabajar por esta causa nueva para mí y en mucho más hermosa que todas las que hasta allí había conocido. Dimití, pues, mis funciones en la iglesia á que pertenecía y partí con Madame Blavatsky para la India, con el fin de trabajar en las oficinas del Cuartel General de la Sociedad Teosófica.

Esta ocasión de poder trabajar por la Causa era para mí el objeto único que embargaba mi ambición; no sospechaba para nada que me fuese posible un superior adelanto en esta vida. Ya en la India gocé del privilegio de relacionar algunos Grandes Instructores, y de ellos y de sus discípulos aprendí mucho más de lo que sabía y principié á comprender mejor el conjunto del sistema, hasta concedérseme más adelante cier-

tas indicaciones sobre la manera de poder elevar mi estado de conciencia á los planos superiores. Jamás había esperado tanto, pues suponía que para lograr este éxito era necesario haber nacido con las facultades necesarias, lo cual se me dió á entender era cierto, pero que todo ser humano en el estado actual de evolución tenía los poderes necesarios ya latentes en sí, y podía por lo mismo desarrollarlos si en ello trabajaba con la suficiente energía. El valor de estos consejos los comprendí sin esfuerzo y de un modo natural, me puse á la obra y, con el tiempo, comprobé personalmente toda su certeza; ví que era una verdad absoluta lo que se me había dicho; que era posible desarrollar la vista astral y mental y por ese medio verificar uno mismo—personalmente y sobre la marcha—las principales enseñanzas de la Teosofía. Toda persona que consienta en trabajar tanto como lo he hecho yo, puede alcanzar á saber, como yo lo sé, que los planos de la naturaleza son de aspecto bien definidos; podrá reconocer la exactitud de la enseñanza sobre los estados *post mortem*, porque verá á los pretendidos muertos, los encontrará en su propio plan y hablara con ellos, lo cual es muchísimo más ventajoso que atraerlos á un plan inferior por la materialización, pues es uno quien se eleva al nivel de ellos. Podrá reconocer los grandes hechos de la reencarnación aprendiendo á vislumbrar sus pasadas vidas que se extenderán ante la vista propia como las hojas de un libro abierto; comprobará por sí misma y sin la menor sombra de duda la acción de las leyes poderosas de la evolución y de la justicia divina. Todas estas cosas las sé yo por mi experiencia personal, y quien quiera, alcanzará los mismos resultados si se decide á tomarse la pena de entrar en el Sendero. No digo que esto sea fácil, ni garantizo tampoco un éxito rápido; sólo aseguro que muchos lo han hecho y que todo hombre tiene latentes esos poderes y está en condición de salir victorioso de la empresa, si se empeña en ella. Tal vez, llegados á este punto, se me pregunte, si no sería presa de una alucinación al ver todas esas cosas. Puede que así sea, pues en efecto, ¿acaso no podría ser que en este momento esté bajo el peso de una alucinación al imaginarme que escribo? Y ¿acaso no podría suceder que el que se imagine estarme

leyendo no sufra una alucinación también? No faltan, en verdad, filósofos que llegan hasta el extremo de aseverar que nosotros mismos no somos más que apariencias. Pero si es verdad que existimos, si lo es que escribo y que alguno lee mi trabajo, también tiene que serlo el hecho de que he visto esas cosas que afirmo y que conozco. Sí, las he visto, no una vez, sino centenares de veces; han sido para mí un hecho de experiencia *diaria*.

Muchos de entre nosotros conocen esos planos superiores tan bien, como una persona puede conocer las calles de su ciudad; y de su existencia no podemos dudar, como ésta tampoco podría dudar de la existencia de la ciudad en que está domiciliada. Si la Teosofía es una ilusión, de ella han participado los espíritus superiores del globo, hombres como Buddha, Shankara-Charya y Pitágoras, á quienes sería temerario acusar de alucinados. Por lo que á mí se refiere, es esa una cuestión resuelta, lo que no impide que reconozca, á pesar de haber comprobado las cosas á mi entera satisfacción personal, que mi afirmación particular no puede constituir á los ojos del mundo una prueba. Es no obstante un testimonio aislado con iguales títulos para ser tomado en cuenta, como tantos otros análogamente aislados que han sido atendidos en otras materias.

Entre los que se dedican de una manera seria á los estudios teosóficos, pocos son los que podrían emprender viaje á la India; y por otra parte, muy bien podría una persona pasar toda su vida en ese país sin llegar á tener todas las experiencias que yo merecí alcanzar. Es, pues, muy natural que se me pregunte qué pruebas pueden obtenerse fuera de la personal, de la que he hablado. En verdad, creo que aparte la prueba personal, no existe otra positiva para cosas de esta naturaleza; sin embargo, hay testimonios serios en favor de esos estudios. Invito á los estudiantes para que lean á este respecto la admirable publicación de M. Fullerton, Secretario General de la Sección Americana: *Las pruebas de la Teosofía*, y de seguir atentamente los argumentos indiscutibles por los cuales demuestra que las pruebas de una proposición, de cualquier or-

den que sea, han de ser conformes con la naturaleza de ella, y que, en consecuencia, las pruebas de la Teosofía en sus doctrinas de más fondo, no pueden en último extremo ser recogidas si no es en la experiencia propia del espíritu en pleno progreso. Mas si en último análisis tiene que ser esto así, es factible apoyarlas por argumentos probatorios, y esto es lo que intentaré enseguida.

Los que ignorando *la ley de conformidad* en materia de pruebas, persisten en exigir para las teorías y problemas psicológicos demostraciones fundadas sobre reglas matemáticas ó pruebas que ellos puedan tocar con las manos en el plano físico, harían bien en examinar los fundamentos sobre los cuales reposan sus convicciones hereditarias, si es que no tienen miedo de emprender el examen. Busquemos así, por ejemplo, las pruebas de la teoría ortodoxa acerca de la vida. ¿Cuáles son ellas? Son lisa y llanamente nulas; antes bien, y por regla general, todos los que profesan la fe ortodoxa no pretenden, en manera alguna, que las haya, sino que se contentan con declarar que es reprensible pedirlas y que la duda acerca de aquella es toda una tentación del demonio. La Ortodoxia ha tenido siempre por costumbre condenar la razón de los hombres y obligar á éstos á adoptar sus conclusiones, sin reconocerles más camino que el que ella les indica: no admite que ella esté sujeta á error y que fuera de ella exista quien pueda saber cosa alguna sobre lo que enseña. Lejos de mi ánimo está querer herir las convicciones del creyente sincero, pero lo que digo es enteramente irrefutable y se halla confirmado de continuo, una vez sobre otra, por la historia de las iglesias cristianas.

Esta Teología se basa en un libro que se contradice él solo notoriamente y que todo estudiante de él lo reconoce como incorrecto, al extremo que en muchos casos se ve uno tentado á creer que los que lo interpretan han tomado por divisa las célebres palabras de uno de ellos mismos: *Credo quia absurdum;* yo creo porque es absurdo. Afirman tantas cosas que no saben, tantas que no es posible saber y tantas que de ninguna utilidad serían para la humanidad aunque llegaran á saberse! Pero sobre las cuestiones de importancia vital, so-

bre aquellas que á todos nos interesan, no ofrecen el menor fragmento de una prueba. Ningún predicador dirá que él ha estado en el cielo ó en el infierno, ó que él sabe por sí mismo que estos lugares son tal como él los describe. Dirá sencillamente: «La Iglesia enseña esto» ó «así está escrito en la Biblia», aserciones que, me permitiré decir, no son suficientes para establecer las bases de una fe que debe decidir de nuestra salvación eterna. El asunto en verdad es demasiado importante para que se le dé una base tan deleznable. Y al respecto es bueno notar que los teósofos autorizados, en cambio nada predican que no hayan verificado ellos mismos por medio de la observación directa.

¿Acaso nos da la Teología, por otra parte, una explicación racional de todos los acontecimientos que se nos presentan? Tiene ella una respuesta clara y plausible para todas las cuestiones que surgen en el espíritu del pensador serio ante los problemas de la vida? Nó, tampoco; ni siquiera trata de resolverlos, pues sólo se encierra en la pretensión de que es así la voluntad de Dios, á la cual debe el hombre someterse sin tratar de escudriñar la causa. De esta manera, ya se ve, no pudiendo obtenerse más aclaraciones, la posición en que nos hallamos se nos hace por demás peligrosa.

Pasando á la hipótesis materialista, menos puede ella satisfacernos, porque nada nos explica y nos entrega cínicamente á la ley de la casualidad, conjurándonos, sin embargo, para que vivamos honradamente sin tener en cuenta nuestro interés ó nuestro goce personal, si no sólo el beneficio de nuestra raza; es con todo una hipótesis noble y altruista.

La Teosofía no exige de nadie una fe ciega; presenta sencillamente á nuestro examen una teoría racional que explica los hechos que nos rodean, y como base tiene no sólo la tradición y las enseñanzas de muchos siglos, sino también las narraciones de quienes afirman conocer por sí mismos ciertas cosas. ¿Cuál de las tres teorías debe, pues, escogerse? Es evidente, conforme lo aconseja la razón, que debemos acogernos á esta última, aunque sólo sea provisionalmente, por ser la más racional para servirnos de ella á título de hipótesis

y buscar las pruebas en nuestro derredor. Al hacerlo así quedaremos sorprendidos viendo como las pruebas surgirán por todas partes.

Se observa entonces, efectivamente, que muchos hechos generalmente considerados como misteriosos, que la Teosofía, con igual derecho que las otras teorías, toma bajo su estudio y que éstas se ven obligadas á negar ó pasar en silencio, ella les asigna un lugar en su sistema explicándolos de una manera racional. En esa categoría entran fenómenos como los espíritas, los de apariciones, los de desdoblamientos, los magnéticos y telepáticos, ante los que el Materialismo, impotente para esclarecerlos, se escabulle negando su existencia, recurso que si bien es cómodo, es á la vez ridículo.

Cada cual es libre de considerar que estos hechos no merecen que su atención se detenga en ellos; pero, el que no quiera tomarse el trabajo de examinarlos, tampoco tiene el derecho de sostener que quienes los estudian y atestiguan, se engañan ó son impostores. Una actitud de esa naturaleza se asemejaría demasiado á la de la avestruz que, según se asegura, al verse amenazada, entierra la cabeza en la arena y se cree así libre de un peligro que ya no alcanza á ver. Es como lo observa M. Stead en su libro *Real Ghost Stories* (Cuentos Reales de Fantasmas) todos los investigadores sinceros *saben* que estas cosas son reales, si bien es cierto que las explican por medio de cien distintas teorías.

La Teología cristiana muy poco nos dice sobre el asunto. Algunas veces niega los hechos y otras los reconoce, pero atribuyéndolos al demonio, al que atribuye de ordinario todas las cosas que no alcanza á comprender. Es así como en los países que fueron la cuna del Cristianismo encontramos que las maravillas de la naturaleza son casi todas imputadas á la influencia del diablo. El lecho circular cavado por el lago prehistórico de Hampshire se llama *La taza de ponche del Diablo;* ciertas agujas de roca del condado de Yorkshire son conocidas con el nombre de *Flechas del Diablo*, y las raíces truncadas de algunas escabiosas todavía las llaman los aldeanos *Troncos del Diablo*, y así por el estilo. De variadas maneras se insinúa, aun entre nosotros, la ignorancia de la

Edad Media, cuyo grito de «*Demonio*»—cual algarada de loro—todavía resuena en pleno siglo xx. Mas, ya que de pruebas tratamos, ¿qué pruebas tenemos de la existencia de ese demonio, del cual con tanta facilidad decantamos? ¿Quién lo ha visto?.. Pero nos olvidábamos; no gusta á la ortodoxia que pidan pruebas.

Volviendo á nuestro tema, repetimos que la prueba directa de muchos de estos hechos no puede obtenerse más que por la experiencia personal, y agregamos, que lo dicho es igualmente cierto en materia científica. ¡Y si nó, cuántos hechos científicos hay á los que prestamos fe, no porque los hayamos comprobado personalmente, sino porque así lo atestiguan los expertos! Y es que no sería posible que procediéramos de otra manera; la vida es demasiado corta para que una persona pueda especializarse en todos los ramos científicos. No nos es dado, por consiguiente, experimentar por nosotros mismos en todo, y tenemos que aceptar entonces las deducciones de las personas que han hecho las experiencias, cuando ellas concuerdan en los principios generales de la evolución y en los hechos ya reconocidos como exactos. Pues bien, esto último es cuanto pedimos se observe en relación á la Teosofía.

¿Qué hechos tenemos para corroborar la verdad de los postulados de la Teosofía? Los tenemos numerosos; y para examinar las doctrinas que encierran creemos conveniente dividirlos en dos grupos. Así examinaremos primero el sistema filosófico de éstas, dejando de lado lo que atañe más al sentido experimental ó práctico.

Como es natural, esta filosofía habrá de ser discutida sobre la misma base de las otras filosofías, á las cuales no se les exige, en la mayoría de los casos, pruebas directas ó físicas.

Una filosofía, en efecto, no puede ser demostrada, como quien dice, sobre la pizarra, al estilo de un problema de aritmética. Se le juzga por las probabilidades que suministra y por la explicación más ó menos racional que nos ofrece de las condiciones de la vida conocidas por nosotros. Al someter, pues, la Teosofía á esta clase de comprobación, toda persona imparcial reconocerá enseguida que ella aventaja en mucho á todas las filosofías rivales. ¡Veamos, si nó, el magnífico

sistema de evolución que nos expone, gobernado por una ley de justicia inmanente!

Enseña que lo que llamamos vida del hombre, no es más que la duración de un día de una vida mayor, la cual á su vez es en sí tan sólo una parte del conjunto admirablemente coordinado que sin cesar prosigue su marcha hacia adelante, evolucionando siempre en dirección del fin último que le está asignado. He aquí una concepción, que, sin contradicción posible, es mucho más elevada que la idea de una ciega casualidad arrastrándonos en su torbellino hacia la nada ó que el sistema de una *redención*, ante cuyo lastimoso fracaso las nueve décimas partes de la humanidad son entregadas á la perdición eterna.

Entre los individuos á quienes asusta la psicología y que temen profundizarla, se encontrarán por cierto espíritus dispuestos á examinar nuestro sistema filosófico, y sin duda también á aceptarlo. Tal vez sea preferible para ellos que sólo hasta allí lleguen, dejando tranquilo el resto de nuestras doctrinas hasta que el interés se despierte en ellos. Recordemos á este respecto que la Teosofía no tiene dogmas que el estudiante esté obligado á aceptar; no le exigimos á nadie que crea en cosa alguna, lo único que hacemos es presentar un sistema para el estudio, y libre se queda el que quiera para sólo aceptar una parte y rechazar el resto.

Muchos aceptan nuestro sistema psicológico sobre la misma base de nuestro sistema filosófico, sin hacer investigaciones especiales y únicamente porque les da la explicación más sencilla de los hechos reconocidos y de muchos fenómenos, de otra manera inexplicados, que se presentan á diario. Otros, en cambio, desean, y con razón, informarse por sí mismos. ¿Cómo pueden hacerlo? Pues ellos pueden emprenderlo como lo hice yo; examinar por la investigación directa y tratar de ver por sí mismos dentro de los límites de lo posible. Pueden asistir á las sesiones espíritas y también consultar á las personas connotadas que han hecho experimentos curiosos en el mundo invisible. O bien, si no quieren tomarse el tiempo y el

trabajo, que lean lo que se ha escrito acerca de los fenómenos espíritas y las apariciones, que mucho es lo dado á la prensa sobre estos dos temas. Obtendrán así de sus contemporáneos una prueba de segunda mano, tal como les ocurre de ordinario en las otras ciencias. Para estudiar la geografía no es necesario, por ejemplo, visitar en persona todos los países en cuestión, por interesante que fuera hacerlo; la mayor parte de nosotros nos conformamos con leer y creer lo que han escrito quienes han visto. Puede que hasta ahora no nos hayamos dado cuenta de las facilidades con que aceptamos habitualmente el testimonio de los otros sobre cosas que creemos saber. La rotación de la tierra es un ejemplo saliente. Casi todos estamos prontos á decir que este es un hecho que sabemos, cuando en realidad está en completa oposición con el testimonio de nuestros sentidos que la desmienten; parados ó sentados en la tierra nos parecerá completamente inmóvil; hasta la expresión misma de «tierra firme» es para nosotros sinónima de la estabilidad. El sol y las estrellas parecen dar la vuelta al rededor de nosotros y lógicamente deberíamos concluir de allí que son esos astros los que se mueven. En resumen, no sabemos que la tierra gire sobre sí misma; lo creemos solamente, excepto si hemos asistido á cierto género de experiencias. Una de ellas se hace con el péndulo de Foulcault, la otra con el giroscopio, y el hombre que las ha presenciado *sabe* que la tierra gira, porque en toda otra hipótesis el experimento no tendría el mismo resultado; pero los demás hombres sólo creen en el hecho.

¿Cuántas cosas de la vida usual pretendemos saber, cuando en realidad no hacemos más que creer simplemente en ellas? Hay mayor número de testigos que dan fe de la realidad de la existencia del plano astral, de los que hay para atestiguar la de la isla de Spitzberg, ó la raza de los pigmeos encontrada por Stanley en el Africa Central. Recordemos de esta última, que el francés Du Chaillu la vió y la describió un cuarto de siglo antes que Stanley y que el mundo se mofó de su relato como de un buen cuento de viajero, y sin embargo el hecho era absolutamente verídico. Nadie está obligado á ir al Africa Central para ver esos pigmeos; pero quien no

quiera tomarse el trabajo, tampoco tendrá autoridad para dudar de Du Chaillu que fué allá, ó mejor dicho, tendrá derecho de guardar su opinión particular, mas no de acusarlo de falsedad, puesto que no se ha tomado la pena de asegurarse de la verdad. Lo mismo es aplicable á la Teosofía. No obligamos á las personas á que verifiquen las afirmaciones que ella sostiene, pero pretendemos, primero, que no deben negarlas sin haberse asegurado previamente de su mayor ó menor exactitud, y después, que no tienen razón al exigir un género dado de pruebas, que no se considerarían autorizados á pretender en otros asuntos de estudio análogo.

Varias afirmaciones emitidas hace años por Mme. Blavatsky, que entonces fueron objeto de burla como anticientíficas, las vemos ahora corroboradas inopinadamente; y este hecho se ha repetido tratándose de recientes investigaciones teosóficas.

Tenemos un ejemplo de ello en los planetas situados fuera de la órbita de Neptuno, que Mr. Sinnett mencionó en «*El Desarrollo del Alma*», publicado hace seis ó siete años. Nadie, fuera del círculo de los investigadores teosóficos, sospechaba la existencia de dichos planetas en aquella época; pero poco después pudo leerse en «El Times» del 15 de septiembre de 1902, que el profesor Forbes había hecho notar la existencia de dos grupos cometarios que demostraban la existencia de dos planetas exteriores á la órbita de Neptuno.

Este es sólo un ejemplo entre muchos.

También tenemos la cuestión de la rotación de Venus.

Cuando estaba en la escuela se nos enseñaba que los días y las noches de Venus eran muy semejantes á los de la Tierra; pero más recientes observaciones astronómicas parecían demostrar, que una de las fases de este planeta estaba vuelta constantemente hácia el sol, como lo está la faz de la luna con respecto á la Tierra. Esto convertía á Venus en inhabitable para criaturas, por poco análogas que fuesen á la humanidad, y contradecía la teoría teosófica que había anticipado que Venus está habitada por seres altamente evolucionados; pero hé aquí, que últimamente, según Sir Robert Ball, nuevas investigaciones han confirmado la primera idea de que Venus

gira al igual de la Tierra, de manera, que otra vez más ha quedado confirmada una enseñanza oculta.

La tendencia general de la ciencia camina de hecho y gradualmente hacia las teorías teosóficas.

Examinemos este párrafo de una conferencia dada por Sir Olivier Lodge en Birmingham. «Si el cielo hubiese estado siempre nublado, no tendríamos ningún conocimiento preciso respecto del sol». Se servía de esta analogía Sir Lodge, para indicar que pueden haber varios géneros de existencia en el Universo, que sólo podríamos conocer si nuestros sentidos fueran más sutiles y nada oscureciese nuestra visión. «Lo que vemos y lo que conocemos no es probablemente más que una minúscula fracción de lo que en realidad hay para ver y conocer. Donde quiera que la vida ha sido posible la hemos encontrado; ¿por qué no ha de serlo en los planetas también hasta donde no alcanzamos á comprobarla por pruebas directas? Se considera por algunos que la ciencia niega la posibilidad de la existencia de seres ó agentes superiores al hombre, mas tal como yo entiendo la ciencia, ésta no puede negar ninguna hipótesis de ese género. *Cuando no se tiene el conocimiento, no existe el derecho de formular ninguna afirmación, ni positiva, ni negativa*. Ahora bien, los orígenes de la vida son aún en la actualidad un profundo misterio para la ciencia, si bien no pienso que así tenga que continuar siendo para siempre. Los procesos de evolución no son de naturaleza á excluir ó á desmentir la idea de una actividad divina».

Yo voy más lejos. Ante nuestra vista se halla desarrollada la revelación misma de la Actividad Divina. ¿Cómo de otra manera habría surgido del caos el orden sin la intervención de una inteligencia directora? Pues así, por lo que respecta á la organización de la Obra Divina; todo hace suponer que ella se elabora de la misma manera, por medio de agentes y de un proceso gradual, y no por una intervención directa y personal. En manera alguna creemos, que la evolución haya debido ser diferente de lo que es hoy, en ninguno de sus períodos.

Nos inspira por consiguiente gran interés el estudio de la Actividad Divina, que no sólo en el pasado deberíamos buscar,

sino también guiándonos por todo lo que en el presente podamos descubrir. Lo que yo desearía ver que realizáramos, es que somos una parte activa é inteligente del sistema cósmico; que formamos parte del número de agentes del Creador, y que podemos hacernos más útiles cooperando en su obra y apoyándonos mútuamente. Es por medio de este género de disciplina que realizaríamos verdaderamente todo el privilegio de la existencia. Porque abrumados como lo estamos de tantos sufrimientos, sería en verdad muy triste que no pudiésemos ser humanos unos para con otros.

He aquí cómo las aseveraciones de la ciencia concuerdan con los postulados teosóficos.

Parecerá después de todo para los estudiantes que aun no poseen la visión psíquica, que las enseñanzas teosóficas se basan, como las doctrinas ortodoxas, en la fe. En esto hay algo de verdad en cierto sentido, si bien se trata de dos clases de fe que no admiten comparación. Si nuestros estudiantes, esto es, algunos de ellos aceptan como verdaderas ciertas cosas que no han visto, su fe no es ciega, sino fundada en la razón y no simplemente en una Escritura, sin decir nada, de que si necesario fuere tener Escrituras, las exhibimos, para apoyar nuestras teorías, mucho más antiguas que las de los judíos, porque los Vedas y los Upanishads vienen de la noche de los tiempos, derivándose de una nación que se hallaba al frente de la civilización cuando los judíos no eran más que una oscura y atrasada tribu árabe. Pero no sólo en esas escrituras se apoya nuestra fe, sino también en la ciencia y en la enseñanza de los Grandes Adeptos del tiempo actual, que por la extensión de su saber y de su poder son más que hombres. Y agregamos á lo anterior además, las investigaciones de algunos de nuestros miembros europeos, que confirman en todos sus puntos el Gran Sistema Teosófico.

Y con todo, lo que da á nuestros miembros una convicción profunda, no es el alcance de estos testimonios por grande que sea su importancia, sino antes bien el hecho de que el sistema es en sí mismo muy racional y muy concluyente, pues en todo estudio científico la hipótesis más racional es la que

se impone hasta tanto se encuentra otra mejor; he aquí la fuerte palanca de nuestra fe. Indíquesenos una doctrina mejor y más razonable, y prontos estaremos en aceptarla, porque, lo que son las otras creencias, mucho las hemos estudiado y las conocemos por consiguiente casi todas en su esencia.

Por de pronto, en lugar de encontrar en la nuestra que las dificultades se multipliquen, á medida que la meditamos y estudiamos, más también se afirman nuestras ideas en ella.

Por tanto principiemos el estudio, no con fe ciega (la fe ciega ha causado ya bastantes males) sino por medio de la investigación, y si no quedamos satisfechos ningún mal habremos sufrido, en tanto que si lo quedamos, pueda que resulte un gran bien para todos, tal como nos ha sucedido á nosotros. Una de las mejores maneras de convencerse de la verdad de estas cosas, es proceder como si fueran ciertas y practicar la vida que nuestra doctrina aconseja para ver los efectos. Probemos de realizar la unidad y la fraternidad que ella enseña, el altruismo que ella exige, y así juzgaremos por nosotros mismos si nuestro nuevo género de vida se mejora ó no. Hoy como ayer, es una verdad *que los que hacen la voluntad del Padre que está en los cielos, sabrán si es verdadera la doctrina.* La vida teosófica es el más seguro medio para encontrar la verdad; ensáyese el altruismo, procúrese ser útil á los otros y se verá si esto no abre nuevos horizontes de felicidad y abnegación; pásese luego y gradualmente á otros puntos de la enseñanza y las pruebas no faltarán por cierto.

¡Pensemos en lo que sería el mundo si todos creyesen en Dios como en un Padre común! ¿Mejoraría ó empeoraría el hombre si realizara la unidad como un hecho, y el altruismo como un deber? Estamos aun en los comienzos de nuestro estudio, y sin embargo, ya nos sentimos con la confianza más absoluta para decir al mundo: Venid vosotros y estudiad en unión nuestra, que la paz y la confianza os llegarán como han llegado á nosotros; el estudio de la Teosofía os atraerá la felicidad en vuestra vida y os hará más útiles para vuestros hermanos en humanidad.

C. W. Leadbeater.

Nuestro muy distinguido hermano Mr. J. O'creil, Secretario de la Logia de la S. T. Inter-state, de New York, se dignó favorecer á la «Logia Virya», dedicándole el siguiente artículo, el cual, leído en sesión, dió motivo para que se le discerniera á su autor un voto de gracias, acordándose asímismo darle publicidad en nuestra revista. Al cumplir tan grata disposición, se complacen sus hermanos de Costa Rica en enviarle fraternal saludo á tan ilustrado y digno compañero, en quien culminan, al par de las cualidades caracteríticas del teosofista entusiasta y decidido, las del artista inspirado y modesto.

LA REDACCIÓN

Ama á tus enemigos

La vida entera del hombre común, en general, aparece á la vista observadora del pensador, nada más que como un instante en la existencia, pues dicho ser, según toda apariencia, no demuestra vivir con otro objeto de finalidad que la de abrirse campo en el mundo, haciendo la mayor cantidad de dinero posible para procurarse bienestar y placer. Atraviesa la existencia como por acaso, no lleva á cabo ningún método especial para encarrilar su vida y cuando se presentan los serios problemas de ella, les hace frente, lo mejor que puede, rara vez de un modo ordenado. Cuando persigue un fin determinado, se reduce éste, á éxito en los negocios, logro de una brillante posición ó algo por el estilo en que juega papel principal en primero y último término, el provecho monetario de dicha adquisición.

Por otro lado, el hombre despierto é iluminado, realiza perfectamente el íntimo propósito de la evolución, su corta morada en este plano físico que es el desarrollo ordenado de

un individuo, de una entidad inteligente confiada en sí misma, el complemento de un ser en un Hombre Perfecto.

El proceso por el cual desarrolla esa individualidad, lo vuelve concentrado en sí mismo, egoísta, obstinado en su propio parecer, y por consiguiente prevenido á su favor sin ver sus faltas y defectos como realmente son y aparecen á los ojos de los demás. Las debilidades de su carácter no las conoce, pero hay que fortalecerlas, pues el débil eslabón constituye la fuerza de la cadena, y él debe anhelar ser perfecto como lo es su Padre—su prototipo—en el Cielo.

Así, pues, si el hombre es sincero en su deseo de perfeccionarse él, sin duda le dará la bienvenida con los brazos abiertos á cualquiera que sea tan bondadoso que le muestre los puntos débiles de su carácter. De la misma manera que un guerrero que aprecia su vida, le dará paso franco á cualquier dato que tienda á fortalecer su defensa para afirmar su victoria, así el hombre que anhela superar en este plano físico, sea desde aquel que lucha al pugilato, hasta el otro que busca obtener el pináculo más elevado de la intelectualidad, debe aceptar, digo mal, buscar el consejo y aún la crítica (sincera por supuesto), que lo ayude á descubrir las insuficiencias de su naturaleza.

Aquellos que llamamos amigos, temerosos de herir nuestra suceptibilidad, insinúan ciertas imperfecciones de nuestro carácter, pero suavizando de tal manera la crítica, que obscurecen por completo el beneficio que de ella pudiéramos aportar, pues prevenidos como en general somos á nuestro favor, descontamos un gran tanto por ciento de crítica, quedando un resto insignificante que no produce en nosotros ningún efecto apetecible. Evidente es, pues, que la crítica aceptada en su espíritu sincero, no nos produce sino bien y nuestros enemigos que siempre y á toda hora están listos á criticarnos gratuitamente, son muchas veces los jueces que señalan á nuestra intuición un camino de mejoramiento que si lo seguimos ayudará al esfuerzo luchador.

El discípulo es aquel ser evolucionado quien vislumbrando la meta, la altura á que aspira, emplea gradualmente y con calma todas sus energías para alcanzarla sin perder una sola

oportunidad, ni malgastar su tiempo velando por su equipo con el más celoso cuidado. El, mejor que ningún otro ser, debe agradecer el consejo y la crítica sincera.

Cuando la crítica es acerba, qué bien cabe recordar que debemos devolver bien por mal, amor por odio. El amor es un atributo de lo Divino, una expresión de la Ley Divina; siendo ella Ley del Universo, se entiende que aquello que obra en armonía con ella tiene que ser mucho más poderoso que cualquiera fuerza que el hombre desarrolle para hacerle la contra.

Siendo el odio la expresión de esa oposición en contra de la Ley y Vida de nuestro ser, se deduce lo impotente que es ante la Voluntad Divina, que es Amor.

Aquello que llamamos *evolución* es el impulso esforzado de toda vida sensible hacia su perfecto desarrollo, impulso debido al empuje de la Ley Divina en nuestro íntimo ser y si intentamos oponer resistencia á ese manantial inagotable del Divino Poder, por medio del mezquino "odio", hechura del hombre, tenemos necesariamente que sufrir las consecuencias de la violación á la ley, y el odio rechazará y nos herirá con la misma fuerza que lo lanzamos. "El que dá mal por bien no se apartará el mal de su casa."

La ciencia médica conoce muy bien los daños causados por el odio y sus secuaces, envidia y malicia, sobre el sistema nervioso del cuerpo físico, y como éste es la expresión del alma, cuál será pues su nocivo efecto sobre ella.

Devolvamos bien por mal, amor por odio, para identificarnos con la Ley Universal y colocarnos á su lado, trasformándonos en canales más puros para la Divina Sabiduría.

Plantemos buena simiente y recogeremos abundante y sana cosecha. Por eso el discípulo, el hombre iluminado se cuida tanto de no plantar jamás la semilla de la discordia ó del odio; clarividente como es, vigoriza la línea de pensamientos de amor y levanta así una muralla defensiva, una coraza impenetrable que ninguna fuerza humana puede vencer. El hombre es un dinamo humano despidiendo siempre energías de amor ó de odio, de bien ó de mal y por una ley justa y perfecta, si siembra semilla pura recogerá buen fruto, mas si siembra espinas, sólo espinas cosechará.

¡Cómo se vé que el Maestro de Sabiduría que enseñó esta doctrina, lejos de ser un soñador impracticable fué en verdad el Maestro de Israel, un Maestro de la Ciencia de Vida cuyas enseñanzas entre más las estudiamos y procuramos vivirlas más, encontramos que son las Verdades Eternas del más elevado orden!

—"En verdad, en verdad os digo, ama á tu enemigos."

*
* *

Teosofía y Ciencia

El señor Lucrecio ha criticado en los números 6846 y 6847 de este periódico mis escritos en defensa de las ideas espiritualistas. No es mi ánimo entrar en polémicas. Estoy convencido de que el diverso modo de pensar de las personas obedece al modo de ser mental de cada uno, á su propia idiosincrasia. Las aclaraciones que aquí seguirán van dirigidas, como mis primeros escritos, á las personas que de buena voluntad desean conocer la verdad. En cuanto al señor Lucrecio, no abrigo la esperanza de convencerlo, pero deseo manifestarle que esto no disminuye en nada la alta estimación que siempre me ha inspirado su persona y sus escritos.

Dice Lucrecio que no entiende bien cómo la Teosofía pregona el amor á todos los seres y pregunta si este amor se debe extender á los animales. A esto respondo:

Por supuesto; pero los teosofistas saben que las costumbres inveteradas no pueden cambiarse violentamente sin producir hondas perturbaciones, y se proponen, inspirándose en los procedimientos de la Naturaleza, señalar y mantener con sus actos y enseñanza una tendencia favorable al mejoramiento de toda criatura, pacífica, armónica y progresivamente. Lucrecio mismo calificaría de extravagancia y de actitud anti-social la de dejar de calzarse por no llevar en los pies esa suciedad que ha hecho el uso necesario, para los que se precian de civilizados.

«En cuanto al fin moral citado, el mismo articulista confiesa que es el fondo de todas las religiones civilizadas» nos dice Lucrecio.

Y así es en efecto; sólo que ese fondo se halla actualmente tan hondo y tan obscurecido *por la letra muerta*, que no se distingue ni con la linterna de Diógenes. También es verdad que los principios de fraternidad y compasión informaron las bases del cristianismo primitivo. Pero bien pronto perdió de vista tan sublimes ideales, como seguramente lo sabe «Lucrecio», iniciando sus procedimientos de imposición y desamor con la descuartización de la sabia y pura Hipatía en las calles de Alejandría, por el delito de inspirarse en las enseñanzas que sustentamos. Será preciso evidenciar una vez más de la piadosa manera que el llamado cristianismo en sus múltiples modos de ser ha ejercido la piedad, la fraternidad, el amor á todos los seres, que debiera haber sido la norma de todos sus actos y enseñanzas? ¿Dónde encontraremos la alianza, los sentimientos fraternales entre las religiones existentes? ¿Cabe esperarla entre las sectas cristianas, y las de los adeptos del Mosaismo, de Alí, de Mahoma, etc.? Pero los teosofistas, en cambio, podemos sentir la satisfacción de ver cómo se realiza esta parte de nuestro programa, considerando que en las filas de la Sociedad Teosófica figuran ya partidarios de todas las creencias, gentes que pertenecían á los pueblos más apartados de la tierra: y como testimonio aun más evidente de la necesidad que llena esta sociedad, citaremos el hecho de que el coronel Olcott logró realizar la unión entre los muchos millones de adeptos de las iglesias Budhistas del Norte y del Sur que hacía tiempos estaban divididos; y obras son amores.

Para muestra de las *trascendentales enseñanzas científicas* de los libros indus, bastaría tan sólo conque «Lucrecio» se sirviera estudiar y comprender un fragmento del Mahabarata, el Bagavadgita ó Canto del Señor; pero existe la dificultad de que *realmente hay que leer entre líneas* para aprender á descubrir el tesoro que en ese fragmento se encierra, y es más: se requiere la intervención de un instructor competente, cuyos títulos no los da Salamanca. César Cantú, opina de modo diametralmente opuesto al de Lucrecio y á esta opinión creo más prudente seguir ateniéndome.

«*El párrafo de pesadas descripciones y aventuras interminables del Mahabarata y el Ramayana*», son la urdimbre simbólica

que oculta enseñanzas maravillosas referentes á las leyes de la Naturaleza, su evolución y finalidades, de las cuales ahora se va dando algún conocimiento general, de acuerdo con las necesidades de los tiempos. En cuanto á estética recordaremos que «de gustos no hay nada escrito».

¿Podrá haber algo más antiestético que nuestra indumentaria; que el nivel del modernismo en Literatura y en Arte?...

En cuanto á la oportunidad de convencer á los que *tengan oídos*, de que la Teosofía es algo más que una vana quimera, le debería bastar á Lucrecio el tomarse la molestia de considerar quienes son los que en el mundo han profesado ese conomiento, y cuantos son y quienes los que actualmente lo profesan; pero no tenga cuidado, que ya llegará la ocasión que desea. Suponer que no está ilustrando la Teosofía á la Sociedad humana es desconocerla, y así se comprenden y se explican las ludas de «Lucrecio». Lea las admirables obras que continuamente se producen por todas partes, bajo la luz de la Teosofía.

(*Continuará*).

*
* *

(Del *Corriere della Sera*, correspondiente al 17 de agosto último.)

Los nuevos pequeños caballeros del mundo

Dios sea alabado! Cerca, y á despecho de los nuevos medios de defensa y ofensa que contínuamente surgen, y que cuestan millones y millones á las naciones; á despecho de estos verdaderos espantajos que se reducen á polvo antes de haber servido, porque en el mismo tiempo han salido otras máquinas infernales de destrucción; pese al conocido proverbio latino qne ha prevalecido á través de los tiempos y que dice: «*Si vis pacem, para bellum*», la nota fundamental de este nuestro siglo XX es buena para los hombres, y fundamentalmente favorable á la paz universal, al internacionalismo.

De repente, después de la guerra con los boers, fué Inglaterra invadida por un descorazonamiento profundo: no obstante los enormes dispendios del Gobierno, hechos en favor de su pueblo, se debió constatar la falta casi absoluta entre los ingleses, de la cosa más necesaria: la disciplina. La juventud inglesa carecía de aquel sano dominio de sí mismo tan necesario en la vida, siendo de preveer por consecuencia, que la mayor parte de ella se habría dado á la tibieza, en tanto que el resto, dotada de menor vitalidad, habría sostenido una resistencia pasiva para con las autoridades.

En general se hacía sentir la carencia de disciplina, hasta el punto de que algunos desearon que se adoptara el sistema militar mismo en todo el Imperio y por todas las clases sociales, método el más impopular que puede ser concebido por la

mente moderna. En el mismo instante en que los ánimos se inclinaban á discutir el asunto, aparece un libro apropiado para levantar grandes rumores; era su autor *Sir Robert Baden-Powell*, uno de los generales de la guerra boer, y se intitulaba: «*Scouting for Boys*».

El librito, dedicado á los niños y al modo de educarlos, hablaba de un nuevo sistema, proclamando el interés de los pequeños, á los cuales deseaba el autor que se les preparase una vida llena de apacible labor, repleta como la del hombre, de la idea de llegar á una meta. A este fin, el general, viniendo á ser educador, quiso congregar á todos los jovencitos en una especie de sociedad, una «fracmasonería», cuyos miembros, ligados por un juramento, y convenientemente educados, pudieran servirse unos á otros haciendo valer su responsabilidad, viniendo á constituir un verdadero cuerpo, realmente lleno de fuerza y de vigor, á cuyo propósito habíamos prestado poca atención hasta aquí.

Todos aquellos que amamos y comprendemos á los niños y su naturaleza, podemos preveer cuál sería el éxito de la idea. En efecto, los jovencitos se apresuraron á hacerse inscribir, y muchos entraron á formar parte en las filas de estos «caballeros», siendo la característica de tal asunto, el que todas las reformas traídas por el general *Powell* son ni más ni menos que las hechas por los mismos muchachos.

Fué nombrado un consejo directivo para sobreentender en el funcionamiento de la liga, y durante algún tiempo todo anduvo bien; pero, poco después, lentamente, el método comenzó á degenerar: se encaminaba sin darse cuenta de ello hacia el militarismo. Efectivamente, los «*Boy Scouts*» comenzaron á tomar parte en las excitaciones militares, y gradualmente llegaron al punto de creer que la guerra fuese una condición de vida, y que la lucha de razas habría debido durar necesariamente hasta el fin del mundo. Viendo que estos «*Boy Scouts*» caían poco á poco é inevitablemente en el engranaje del militarismo, adquiriendo así una tendencia opuesta á la gran idea humanitaria, y para enseñar también que todo «*Scolta*» debe considerarse hermano de los demás, fundó *Sir Frances Vane* el año pasado, otro cuerpo de niños y jovencitos,

que quiso designar con el grato nombre de «*National Peace Scouts*».

El programa, lo llamaré así, continúa siendo aquel que fué el programa de su predecesor; pero para evitar todo olor de militarismo en él, formó Sir Francis Vane el Consejo directivo del nuevo cuerpo con personas connotadas en el campo de la pedagogía y entre los educadores más apreciados, y reunió toda la sociedad ya existente de «*Scouts*» que se mostraba deseosa de volver á la tendencia inicial de su existencia. Así, el movimiento volvió á tomar su primera y mejor dirección, siendo un sano despertar educativo, ya en el sentido físico, ya en el moral, alejado del peligro de degenerar en el más ó menos estrecho sistema de reclutar los jóvenes para el ejército. Esta fué la primera idea del movimiento.

Ahora vamos á ver quiénes son, y qué cosa son estos «*boy knights*», y en qué consiste este nuevo orden de caballería que cuenta entre sus hijos una buena mitad de los niños y de los jóvenes ingleses, y que gracias á la actividad de *Sir Francis Vane*, existen ya algunos secuaces en Italia, en *Bagni di Lucca*, donde el noble inglés, el padre de todos los pequeños, pasa regularmente sus vacaciones del estío. Es seguro que una Federación entre los niños de toda la tierra podría llegar á ser, después de no mucho tiempo, una fuerza verdadera y propia y no sin importancia en la historia de los pueblos, si ellos llaman hacia la misma á estos hombres futuros prometiéndoles la realización, en alguna parte al menos, de sus bellos sueños de admirables aventuras, y de vida libre al aire libre, lo que promete á las naciones el hacer de estos pequeños «caballeros errantes» tantos pequeños y verdaderos «caballeros» leales á sí mismos y á sus hermanos de la misma tierra, y de las otras tierras.

Los vemos así, efectivamente, en Inglaterra, durante las cálidas jornadas del estío, ó durante los días de fiesta del invierno, agrupados en forma militar por las campiñas ó por las calles de las ciudades, observando atentamente la vida que se desenvuelve á su alrededor, fieles á una consigna que han recibido y á la cual obedecen con placer, porque ella excita el amor propio y acrecienta algo aquel su *yo* que sienten potente

en sí. Pero ¿qué es lo que hacen aquellos jovencitos «Escuchas» por tales caminos? ¿Qué cosa es la que buscan con tanto empeño, con tal devoción, que en estos nuestros tiempos de indiferencia glacial, nos hace percibir un sentimiento divino de frescura y de paz? Muchas cosas pequeñas y útiles: como ejemplo, podemos aducir que ellos han sido enviados para ver si en las calles encuentran á alguien que tenga necesidad de auxilio, ó bien se les ha encargado de dar aviso al cuerpo de bomberos más cercano, si se prende fuego en alguna casa ó tienda, ó simplemente de pasear en torno de lugares determinados procurando examinar sus características, etc. Todo esto se encuentra arreglado de conformidad con un método establecido, que tiene por fin único ejercitar la inteligencia y el poder de observación propio de los niños, y dirigir sus energías hacia el bien común. Así, poco á poco, se ve como van desenvolviéndose y manifestándose en progresión cada vez mayor sus diversas tendencias. Todo aquello que resulta un trabajo excesivo y fatigoso para el instructor que tiene á su cargo 30 ó 40 alumnos, lo hace por sí misma la pequeña escolta, insensible, apaciblemente, observando la vida que le rodea, estudiando esta vida varia, grande, «viva». Se divierten durante sus excursiones, y divirtiéndose amparan: saliendo á paseo van ellos á una nueva escuela, á una escuela al aire libre, amplia, varia, sana.

Pero no supongamos que los muchachos inscritos en las escoltas van así solos y sin un guía, expuestos á un accidente desgraciado; nó. Ellos llevan sus «*Scouts masters*», á los cuales se les confía la dirección de un, llamémoslo así, «pelotón», siendo estos Scouts masters personas que han logrado hacerse amar de los niños, y quedan sus fiadores sabiendo hacerse obedecer sin chocar con ellos.

De qué manera se les habla á estos niños para que, unidos á los mayores, recorran las calles y los campos, de día y de noche, es lo que se enseña por *Sir Francis Vane* en uno de sus discursos, simple y elevado, que directamente se dirige á sus colegas grandes y pequeños.

«Nosotros—dice él—nos unimos para descubrir en determinado sentido nuestra vocación para ayudar á los demás.

Tenemos deberes que cumplir y los cumpliremos. Pero, hemos de advertir que el primero de nuestros deberes es la lealtad, la cual no será demostrada con seguir ciegamente á un hombre ó á una bandera: que el ser leal lleva consigo el propósito de hacerse respetar, pues ya sabemos que nuestra bandera no es otra cosa que el símbolo de un noble ideal, y que nosotros miramos al ideal que ella representa.

«Entonces, el ser leal significa reconocer en sí el deber de prestar á todos los compañeros el respeto que de ellos exigimos, aquel que yo tengo hacia los más pequeños que yo. Para marchar de acuerdo con nuestra vocación, no debemos nosotros dejar á los demás el pensar sobre ella, sino que hemos de pensar nosotros mismos, procurando distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto.

«En nuestros estatutos, á los cuales hemos jurado fidelidad, se recomienda algo muy sencillo, que es lo siguiente: Véis una pobre vieja que duda y teme y no osa atravesar la calle? Bien: acercaos á ella, francamente, sin falsa modestia, y decidle con voz agradable y decidida: «¿puedo ayudarle, señora?» Procediendo así, creais en el momento una corriente de simpatía entre vos y la mujer, y establecéis un lazo que la ignorancia del mundo jamás podrá destruir.

«Proponeos así á prestar ayuda á los que la necesiten. Pero, en cualquier otra cosa que sea: la confidencia. En la vida en común, con los que nos acompañan en nuestras escursiones, en los juegos, en los campamentos, descubriréis poco á poco vuestras mismas tendencias, los mismos deseos vuestros; descubriréis el alma de aquellos que á primera vista amásteis menos, y seréis tan felices como si hubiéseis descubierto un tesoro que nadie os puede robar.

«En vuestra calidad de escolta, consideráis, á la gente de una manera muy distinta de como la puede considerar un cualquiera; estáis obligado por un juramento y por un signo á mirar á los hombres y las cosas desde lo alto, y no desde abajo. Considerando á los hombres y á las cosas por su lado inferior, no veréis de ellos otra cosa que su aspecto menos bello; pronto presentiréis lo malo; pronto lo veréis aparecer. Considerando el mundo desde lo alto, él se desplegará ante

vosotros en toda su mejor perspectiva; veréis la vida grande y bella, sus nobles luchas, sus nobles ardimientos. En vuestros semejantes encontraréis así lo bueno y lo bello, y os inclinaréis á sentir confianza hacia ellos y en ellos despertaréis sus mejores tendencias. Confiar en el corazón de nuestros semejantes, quiere decir, saberse colocar en un punto mucho más elevado respecto de ellos que aquel que es propio del común de las gentes; quiere decir amparar y adquirir influencia sobre el corazón humano.

Para llegar á tal fin, por otra parte, no hay que descuidar ningún particular del programa, y precisa saber distinguir prontamente nuestro puesto en nuestras filas y saberlo conservar. Debéis proponeros no olvidar aquello que veáis, no solamente con la intención de recordarlo, sino que más bien para habituaros á pensar respecto de aquello que cae bajo el dominio de vuestra atención.

«No habéis comprendido el significado de una palabra? Preguntad por él. Véis una estatua en la calle ó á uno caído bajo de una puerta? Averiguad qué significan y por qué están allí. Durante el paseo no descuidéis en inquirir de aquel que os guía el nombre de los pájaros que veáis, el de las plantas, de los objetos y habituaros á reflexionar acerca de ellos, á establecer comparaciones, á criticar con rectitud de juicio.

«Mas, sobre todo, recordaos de que todos nosotros estamos unidos en una fraternidad activa, para el bien del mundo, que nosotros somos «caballeros errantes», en el nombre y los hechos, que debemos estar orgullosos de nuestra divisa así como de nuestra vocación, porque entrambas son nobles, y que nosotros pertenecemos á una nueva, activa caballería distinguida, la cual se impone el juramento de emplear toda nuestra actividad y nuestra fuerza para hacer mejor nuestra tierra, y mejorar todo el mundo.»

He aquí la fórmula del juramento que se requiere de todo escolta ó esplorador, en el momento de ser inscrito en el cuerpo:

«El explorador,
sobre su corazón debe prometer:

1º Cumplir sus deberes hacia Dios, su Rey y su País.

2º El ayudar á cualesquiera que sean á toda costa.

3º Creer en la palabra del hermano explorador, y de decir siempre la verdad; si no la dice, deja de ser un explorador.

4º El explorador es leal; él defiende á su amigo y particularmente á su compañero, en cualquier ocasión que sea menester.

5º El explorador es el amigo y el hermano para todo otro explorador rico ó pobre, afortunado ó desafortunado.

6º El explorador es cortés con todos, especialmente con los débiles, las señoras y los niños, los inválidos y enfermos. El explorador es caballero, es fuerte, y debe mostrar su fuerza ayudando á los débiles.

7º El explorador es el amigo de todas las criaturas vivientes; no permitirá jamás que á ningún animal se le haga sufrir inútilmente. Ellos, los exploradores así como S. Francisco, sienten que son hermanos de todo ser viviente, porque los ama y explorando ha llegado á conocerlos.

8º El explorador ejecuta las órdenes recibidas, con inteligencia, y procura estudiar el significado de las mismas para ajustarse á él. El es un soldado del mundo y reflexiona antes de obedecer.

9º El explorador no le concede importancia á sus contratiempos: él sonríe cuando sufre, porque el dolor pasará pronto, se le acepta riendo.

10. El explorador es económico, pero con discreción. El reserva sus dineros, no para sí, sino para tener los medios de ayudar á los otros».

El juramento debe ser igual para todos, porque su carácter más simpático, es aquel que *Sir Francis Vane* tiene en más, que es la internacionalidad de la institución, la cual debe permitir á los niños de cualquier país que sean, considerarse hermanos, debiendo arraigar entre ellos el deseo de la fraternidad y la convicción de que la guerra es el mayor flagelo de las naciones; y que los hombres del porvenir no podrán encontrar el equilibrio anhelado sino respetando la Paz y mirando á todos los hombres como hermanos.

La última palabra que dirigió el gentil hombre inglés á

sus pequeños y grandes oyentes de los «*Baños de Lucca*», cuando se fundó el primer cuerpo de «Exploradores italianos», es la más bella manifestación de estos votos suyos, y no podré concluir de mejor manera mi decir, que trasladándola. Hela aquí:

«Los jóvenes ingleses os han pedido la unión con ellos, y el demostrar como ellos que el más noble patriotismo es aquel que ennoblece un país dando su nombre y sus hijos, fuertes y atrevidos, para luchar contra el mal y la mentira, inteligentes y hábiles para amparar todo aquello que es noble y bello y puro y tierno de corazón, como vuestro gran Garibaldi, del cual se puede decir que era el más tierno de todos los valerosos. El se preocupaba, no sólo de los hombres y las mujeres, sino que también de las alegrías y los dolores de los animales; siendo niño lloraba sobre un caballito herido, y de adulto hizo cesar el fuego en una batalla para salvar la vida de un pequeño chicuelo. El amaba á toda criatura viviente, porque, como él decía, en toda cosa se halla contenido un soplo de vida eterna. Yo estoy cierto de que si él estuviese todavía vivo, sería hoy la cabeza de los pequeños exploradores italianos.»

Esperemos: en el nombre venerado de nuestro Héroe, en el nombre del querido *Li Francis Vani*, salud á los pequeños *prodi* de todo el mundo; salud á los nuevos «*Exploratori*» de Italia.

HELEN ZIMMORN

(Traducción de Tomás Povedano).

*
* *

Memoria Antigua

I

No faltó nada: fiebre, desaliento,
Pavor á lo futuro inexplorado,
Y visiones de horror en torno mío,
Y á la vida fugaz amor violento,
Y en congoja suprema el beso frío
De la muerte después... Sí, que yo era,
Yo mismo el muerto: mi último suspiro
Exhalado ya estaba
Con mi última agonía.
Mas ¿por qué, padre Júpiter, seguía
Viendo á mi alrededor, por qué miraba
De tu imagen las lámparas inciertas,
El haz de rayos en tu diestra mano,
Y á tus piés como emblema soberano,
El águila inmortal de alas abiertas?
¿Por qué seguía oyendo? Un fiel amigo
Hablaba, y su voz era como leve
Aura sutil que ni las hojas mueve;
Y yo, mudo testigo,
No perdí una palabra, ni un acento
De aquella voz querida:
¿Qué había pasado al acabar mi vida
Y mi postrer aliento?...
Me volví con asombro, y mi cadáver,
Tendido sobre el lecho, estaba inmóvil
Con el reciente sello de la muerte.
No hay duda, no; aquél era
Mi cuerpo agigantado,
Mi faz aquella pálida y severa:
Aquellos brazos rígidos, nerviosos,
Aquel robusto pecho,
Por el postrer suspiro aún levantado,

Memoria Antigua

I

No faltó nada: fiebre, desaliento,
Pavor á lo futuro inexplorado,
Y visiones de horror en torno mío,
Y á la vida fugaz amor violento,
Y en congoja suprema el beso frío
De la muerte después... Sí, que yo era,
Yo mismo el muerto: mi último suspiro
Exhalado ya estaba
Con mi última agonía.
Mas ¿por qué, padre Júpiter, seguía
Viendo á mi alrededor, por qué miraba
De tu imagen las lámparas inciertas,
El haz de rayos en tu diestra mano,
Y á tus piés como emblema soberano,
El águila inmortal de alas abiertas?
¿Por qué seguía oyendo? Un fiel amigo
Hablaba, y su voz era como leve
Aura sutil que ni las hojas mueve;
Y yo, mudo testigo,
No perdí una palabra, ni un acento
De aquella voz querida:
¿Qué había pasado al acabar mi vida
Y mi postrer aliento?...
Me volví con asombro, y mi cadáver,
Tendido sobre el lecho, estaba inmóvil
Con el reciente sello de la muerte.
No hay duda, no; aquél era
Mi cuerpo agigantado,
Mi faz aquella pálida y severa:
Aquellos brazos rígidos, nerviosos,
Aquel robusto pecho,
Por el postrer suspiro aún levantado,

Eran míos también. Junto á mi lecho
Pendientes ví trofeos belicosos;
Mi espada, de los bárbaros temida
En la feroz batalla,
Mi coselete de doblada malla,
Mi lanza no vencida,
Y mi redondo escudo tan brillante
Cual la cara del sol. Allá en el fondo
De la estancia capaz, con tristes notas
Filtraba la clepsidra lentas gotas
Para medir el tiempo. ¿Qué tenía
Yo que ver con las horas cuando había
Sonado para mí la de mi muerte?
¡Misterio impenetrable! A mis amigos,
A mi mujer y esclavos con voz fuerte
Llamé; no respondieron:
Volví á gritar; amenacé; vibraba
Mi acento como el trueno en la ancha esfera,
Y ¡ay de mí! no oyeron.
¿Por qué mi voz en balde resonaba?
Me puse ante su vista y no me vieron.
¿Es posible que nadie allí me oyera,
Que no me viese, por mi mal, ninguno?
¿No los veía yo? ¿No percibía
Mi oido atento hasta el rumor más leve,
Hasta el lejano andar de alguna esclava
Que el pie desnudo sobre el mármol mueve?
Quise empuñar mi espada, y ¡ay! en vano;
Pesaba cual un monte. Hércules grande
¡Pues qué! ¿no era la misma que en mi mano
Como serpiente con furor silbaba
Y el campo de batalla iluminaba
Con funestos relámpagos?... ¿Qué cosa
Era yo entonces? Larva miserable,
Vana sombra ó espíritu impalpable,
Invisible fantasma temerosa,
Que piensa, y viene, y va desconocida,
Activa ya, ya inerte,
Y sintiendo á la vez su propia muerte,
Y una crepuscular, extraña vida.
Todos se fueron, y quedéme solo:
Solo entre aquellos fúnebres blandones
De mustia luz y de fulgor escaso,
Y gigantescas sombras, que temblaban
Sobre las armas y los paños rojos.
Luégo mi esposa entró con mudo paso,
Besó mi frente y me cerró los ojos,
Que inmóviles y turbios no miraban.
Sus labios murmuraban

Palabras que no oí, mas complacían
Mi espíritu anhelante;
Que en su apenado y celestial semblante
El amor y piedad resplandecían.
Tal vez su adiós postrero
Me daba allí mi Julia suspirando,
Ó rogaba á los dioses inmortales:
Por mí rogaba, y yo verdugo fiero
Fuí de su corazón. ¡Cómo llorando
Me cautivaba ahora!
¡Cómo besarla hubiera yo querido
Y decirla: Tu esposo, arrepentido,
Vivo te desdeñó; muerto te adora!
Muerto no, que una vida inexplicable
Con efluvios ardientes me envolvía,
Vislumbrando otros mundos y otros seres:
Con pavor á mi cuerpo miserable
Mi desligado espíritu decía:
"Yo, soy yo mismo; pero tú, ¿quién eres?"
No lo sé; le llamaban por mi nombre,
Y en aquél mismo día lo lavaron,
Las pálidas mejillas le pintaron...
¡Qué no profana el hombre!
Peinaron la revuelta cabellera,
Y luego de laureles la ciñeron:
Bajo gloriosa, militar bandera,
Que cimbros, persas y árabes temblaron,
Aquel despojo en túmulo extendieron,
Y en torno colocaron
Lámparas y perfumes, y se fueron.
Mas apenas brilló la nueva aurora
Mi cuerpo sacan, y la inquieta plebe
Que en derredor de mi palacio hervía,
Levanta al cielo aclamación sonora,
Y *ese es Antonio, el Triunfador*, decía.
Yo iba detrás de mi cadáver, viendo,
Viéndolo todo: en procesión solemne
Sobre doradas pértigas llevaban
Los bustos de mis ínclitos mayores:
Luego, ceñidas de ciprés y flores,
Compradas plañideras avanzaban
En torno de mi féretro llorando:
Y en pos los gladiadores,
Y mi caballo con purpúrea silla,
Y mis clientes en espeso bando,
Y mis amigos, y los rostros fieros
De una legión de astados con coraza,
Antiguos compañeros.
Y en anchurosa plaza

La pira rodearon,
Arrojaron mi féretro en el fuego
Y con himnos triunfales me ensalzaron.
Mas yo... yo me vi luego
Ante mi Juez: sus ojos inmortales
Mi miseria miraron impasibles,
Y oí gemidos de dolor terribles,
No cánticos triunfales.

II

Y ahora... ¡cómo lo recuerdo ahora!
Sí, que yo soy aquél, yo soy el mismo;
Me lo grita mi alma vencedora
Del tiempo y de la muerte y del abismo.
Yo soy Antonio, el legionario oscuro
Que bajo el sol del Africa luchaba,
El centurión feroz que en el Oriente
Contra el persa y el árabe pugnaba,
Y con espada y lanza acometía:
Ceñí casco de plata refulgente
Allá en la Galia y la Germania un día,
Cuando legado y comensal de César
El favorito audaz de la victoria,
Llevaba mi veloz caballería
Al peligro y la gloria.
Veinte siglos pasaron,
Y del libro tenaz de mi memoria
Las páginas de bronce respetaron.
Mas hoy ¡oh cielo! en la comedia humana!
Figura miserable y sombra vana,
?Qué papel es el mío?
¿Quién soy? ¿Qué es lo que espero?
Hoy bajo el techo de hospital sombrío
Abandonado muero.
Muero otra vez: ahora
No cerraré los ojos fatigados
Entre bordadas púrpuras de Tiro
Más bellas que los velos de la aurora,
Ni áuros artesonados
Recogerán mi postrimer suspiro,
Ni en torno mío quemarán mañana
El sándalo de Persia y mirra indiana.
Frialdad, silencio, indiferencia veo
Alrededor de mí: sólo se escucha
El último estertor del moribundo
Que con las sombras que le cercan lucha:
El horror es profundo,

Quejumbrosos los ecos y apagados,
La sala inmensa, fúnebres las luces,
Altísimos los techos,
Y á las largas paredes arrimados
Bajo de negras cruces
En doble hilera están los pobres lechos
Aquí cien hombres su dolor apuran,
Y solo cada cual con su agonía,
Mientras pálido asoma el nuevo día,
Blasfeman, rezan, duermen ó murmuran.
Y allá en el fondo, al resplandor incierto
De una lámpara mustia, suspendido,
Bajo rojo dosel descolorido,
Allí estás tú crucificado y yerto,
Cristo, mi Salvador, y tú nos miras,
Y nos abres tus brazos... ¡Cuán profundo,
Cuán grande amor inspiras!
?Por qué viniste al mundo
Después de partir yo? ¿Por qué tus ojos
Con divino esplendor no me abrumaron
Como soles de gloria,
Y del pecado en mí la infame escoria
Con su fuego purísimo limpiaron?
¿Por qué no pude orar, hablar contigo,
Ver tu apacible faz piadosa y bella,
Seguir tus pasos y besar tu huella,
Ser de tus obras y bondad testigo?
¡Cómo te hubiera amado, Cristo, y cuánto!
¡Cómo tu Verbo Santo,
Cómo tu dulce nombre
De clima en clima predicado hubiera,
En Roma, en Grecia, en el remoto Oriente,
Tu fe llevando al corazón del hombre
En el campo, en la plaza, en la ribera,
Frente á los mismos ídolos, y enfrente
De los leones y del tigre hambriento,
En el circo sargriento,
En el potro y la hoguera!
¡La muerte! No me espanta:
Me ha besado otra vez, somos amigos:
Su figura á mis ojos se levanta
Cual pórtico triunfal de nueva vida,
Feliz, deslumbradora.
¿Qué ha sido acaso mi existencia ahora,
Esta triste existencia oscurecida,
Sino muerte fecunda y redentora?
Antes, soberbio, con perpetua guerra
Sembré luto y estragos;
De sangre humana en anchurosos lagos

Manché la madre tierra;
Ahora, humilde, en rústicas labores
Con incansable afán la cultivaba,
Y ella, empapada en mi sudor, brotaba
Para extraño señor frutos y flores.
Triunfador y abatido,
Déspota y proletario,
Idolo y polvo en la comedia humana,
Miel y hiel en mis labios has vertido.
Tuve también ¡oh Cristo! mi calvario...
¿Podré también resucitar mañana?
¡Ay! ya baña mi frente
Letal sudor, y como acero el frío
Los huesos me penetra con su hielo.
Por el pesado ambiente
Giran en torno mío
Vagas visiones con callado vuelo.
En esta frágil máquina terrena
Se detienen las ruedas de la vida:
Vuelve, Cristo, hacia mí tu faz serena,
Tóqueme el rayo de la luz querida
De tus ojos profundos;
Que en la noche cruel de mi conciencia,
Son para mí el perdón y la existencia
Y las radiantes puertas de otros mundos.
¡Oh! espíritus piadosos, recibidme:
Con vuestras alas cándidas cubridme
Y llevadme á la patria del que llora,
Del que fué redimido;
No Antonio el opresor; el oprimido
Es el que muere ahora.

III

Al despuntar de nebuloso día,
Con tono indiferente,
El enfermero en alta voz decía:
"¡Muerto, el número veinte!"
Y aquella noche con silencio mudo
En sudario andrajoso rodearon
El cadáver desnudo
Y en la fosa común lo sepultaron.
Ni canto allí, ni amigos, ni plegaria,
Ni una piadosa lágrima siquiera;
De Antonio el alma se elevó á otra esfera
Temblando y solitaria.
Entonces, como el lánguido aleteo
Del pájaro al posarse en rama leve,

Vibraba el aire inquieto y oloroso:
Y con brillante y puro centelleo,
Fulgor de sol y nitidez de nieve,
La tumba iluminaba un astro hermoso,
Besábala con rayo cariñoso,
Y en la hora aquella y soledad sombría
Algún hondo misterio se cumplía.
¿Quién sabe? ¿Quién conoce lo infinito?
Mientras la tierra sobre el muerto echaban,
Y el silencio y la sombra aquí reinaban,
¿En aquel gran planeta, astro bendito,
Cien coros celestiales
Alzarían tal vez himnos triunfales?

NARCISO CAMPILLO

* * *

Asuntos diversos

ADVERTENCIA

Siendo esta Revista órgano de las Logias Virya y Dharana, según anteriormente se tiene prevenido, el material que la informa se publica cuando concuerda con el criterio de una Comisión nombrada al efecto. Tal circunstancia impide dar cabida á determinados artículos y anuncios que nos suelen ser enviados, no obstante su mérito literario, científico, etc., y rogamos á sus autores que se dignen tenerla en cuenta para no darse por resentidos, al mismo tiempo que les podemos asegurar que agradecemos que continúen favoreciéndonos con sus escritos, aquellos que no teman ser comprendidos en la para nosotros obligada selección.

En el próximo número será publicado el articulito que suscribe Una Cubana.

LA DIRECCIÓN

***

Después de algunos meses de ausencia, hemos tenido la satisfacción de volver á tener á nuestro lado al hermano don José Monturiol, Secretario General de la Logia «Virya» y uno de los entusiastas fundadores de la misma. Durante su estancia en España, cerca de sus padres, ha tenido la oportunidad de estrechar relaciones con varios teosofistas distinguidos de la Corte, y de asistir á sus reuniones, las cuales tienen lugar en el precioso palacio de estilo morisco, propiedad del señor Xifré, presidente de la Logia de Madrid. Allí, entre los hombres de ciencia, nos dice el señor Monturiol, se trata de la Sociedad Teosófica como de un factor poderoso del humano adelanto, llamado á influir notablemente en el bienestar, la armonía y la paz del mundo.

Los hermanos, señores Treviño, Roso de Luna, y todos cuantos han colmado de fraternales atenciones al estimado viajero, trasmisor de sus buenos deseos para nosotros, han sembrado en terreno agrade-

cido, y pueden estar seguros de la reciprocidad cariñosa de sus colegas de Centro América, los cuales quedan deseándoles toda suerte de prosperidades.

* * *

Nuestro muy distinguido hermano don Roberto Brenes Mesén, ha publicado últimamente en el diario *La Prensa Libre* un trabajo digno de su reconocida ilustración y competencia, en el que demuestra que la Ciencia actual, hasta aquella parte de la misma que más alardea de sus tendencias materialistas, se aproxima día por día hacia nuestro campo, obligada por la inflexible lógica de tener que dar solución á hechos, que de otro modo resultan inexplicables. Es lástima que la extensión de tan preciada labor dificulte su publicación en esta Revista, puesto que al ser reproducida en fragmentos y á larga distancia, perdería gran parte de su interés. Según tenemos entendido, se le dedicará un folleto especial.



HECHICEROS DEL THIBET

«Estas gentes hacen uso de la nicromancia, y por su arte infernal ejecutan los más extraordinarios y engañosos encantamientos que se hayan visto ó de que se tenga noticia. Hacen levantarse tempestades, acompañadas con resplandores de relámpagos y truenos y producen muchos otros efectos milagrosos».—MARCO POLO. (Cap. XXXVII de sus *Viajes*).

Por lo tanto conocieron y manejaron la electricidad.



LA CREACION

Dios sólo ha creado al ser imponderable. Lo hizo radiante, hermoso, adorable, cándido—pero imperfecto; sin lo cual, siendo igual la criatura á su creador, en la misma altura—esta perfección, perdida en el infinito—se habría mezclado y confundido con Dios,—y la creación á fuerza de claridad—hubiera entrado de nuevo en él y no hubiera existido.—La santa creación en donde el profeta sueña para existir, oh profundidad! debía ser imperfecta.

Luego, Dios hizo el universo, el universo hizo el mal.—VICTOR HUGO.—(*Las Contemplaciones*. VII pág. 210-211.)



En concepto de curiosidad copiamos el siguiente suelto del «A B C» correspondiente al 16 de octubre último:

«La verdadera traducción de la palabra portuguesa *necessidade* es adversidad ó infortunio».

«Dicha morada real fué construida á mediados del siglo XVIII, por el rey Juan V, sobre el emplazamiento de la antigua ermita de Nossa Senhora das Necessidades, cuyo auxilio se imploraba en las grandes adversidades de la vida».

«El Palacio ha justificado el nombre que le impuso su fundador, (*) pues vió morir en menos de nueve años, á la reina María II de la Gloria, la reina Estefanía, el rey Pedro V y los príncipes Fernando y Juan».

«Tan repetidas desgracias, ocurridas desde 1853, determinaron al Municipio de Lisboa á enviar una comisión durante la Navidad de 1861, al joven monarca Luis I, para rogarle que abandonase el Palacio nefasto. El rey accedió, y fué escoltado aquella misma noche al Palacio de Caxias por millares de personas que lo vitoreaban frecuentemente».

El rey Don Carlos I volvió á hacer del Palacio de la Adversidad su residencia oficial de Lisboa.

En la memoria de todos está la trágica muerte del monarca. Su hijo, el rey Don Manuel II, fué sorprendido en ese mismo Palacio por la noticia de la revolución que le arrebataba el Trono, y contra el Palacio de la Adversidad dispararon los barcos sublevados las primeras granadas de sus baterías.

Vese, pues, que la triste mansión ha justificado su nombre.



NUEVOS FENOMENOS DE TRANSMUTACION

(De la revista francesa *La Nature*)

Es sabido que la emanación del radium se transforma espontaneamente en gas helium. Este es un fenómeno de transmutación, que actualmente parece indiscutible, á menos de que el radium, en lugar de ser un cuerpo simple, sea un compuesto. Sir William Ramsay, por la acción de la emanación sobre sulfatos y nitrato de cobre, había creído constatar la formación de lithium. Pero sus resultados no han podido confirmarse por nuevas experiencias efectuadas por Mme. Curie y Mlle. Gleditsch, después de la eliminación de causas de error que han podido entorpecer las experiencias de Ramsay.

Sir W. Ramsay señala entre tanto una serie nueva de transmutaciones extremadamente curiosas. Sus experiencias han sido llevadas á cabo sobre el thorium, que es igualmente radioactivo, con la idea

(*) Ahora sería interesante, y tal vez no poco instructivo, el conocer cuál fué la causa por qué le puso su fundador tal nombre al Palacio.

preconcebida de encontrar el helium en los productos residuales engendrados por ese cuerpo. 270 gramos de nitrato de thorium puro, fueron disueltos en 300 centímetres cúbicos de agua en un globo. Mediante repetidos vacíos, fueron eliminados todos los gases del globo. El cuello recipiente era capilar y cerrado por una excelente llave de fuente; para impedir cualquiera entrada de gas del exterior, se introdujo un poco de mercurio en el globo, y después se volvió con el cuello hacia abajo, dentro de un cubo de agua. El mercurio, rellenó entonces el tubo capilar, formando un tapón hermético que impedía el contacto de la solución radioactiva con la grasa de la llave de fuente.

Trescientos diez días después, se constató que se habían desprendido gases; para analizarlos se les separó por refrigeramiento en el aire líquido, reconociendo que se había hecho una mezcla de azoe puro y de *ácido carbónico;* recogiéndose así 0,622 centímetros cúbicos de anhydrido carbónico. Es este un hecho extremadamente notable y que de no haberse producido sin conocimiento del operador alguna introducción de gas agregado primitivamente al aire, propendería á probar que el nitrato de thorium engendra el anhidrido carbónico: ó dicho de otro modo, que el *carbono es uno de los productos de la degradación del thorium.*

En una serie de experiencias, Sir W. Ramsay experimenta la acción de la emanación del radium sobre el nitrato de thorium, y tomando como precedentemente minuciosas precauciones para evitar toda entrada de aire en los recipientes dedicados á las experiencias. El constata entonces la formación de anhidrido carbónico.

La acción de la emanación del radium fué experimentada en seguida sobre el nitrato de *zirconium;* el zirconium pertenece á la misma familia natural que el thorium; el anhidrido carbónico apareció igualmente.

Con el clorato de plomo, observó Ramsay, en las mismas condiciones, la formación de una pequeña cantidad de anhidrido carbónico, mas en cantidad insuficiente para poder ser demostrado.

La emanación obrando sobre el perclorato de bismuto da lugar todavía en este caso á una formación de anhidrido carbónico.

Si resulta curiosa la aparición de estos fenómenos, no deja de ser inquietante el ver reproducirse así, cualquiera que sea el metal sobre el cual se opere, el mismo gas, en suma muy trivial. Por el pronto, sería prematuro aventurar una conclusión categórica. Como lo dice Sir William mismo: «muchas otra exsperiencias deben realizarse, antes que se pueda afirmar con confianza, que ciertos elementos sometidos á la acción de la *energía concentrada*, sufren una degradación que les transforma en carbono.

***

Por su originalidad y buen espíritu, aunque difiere de nuestro modo de comprender cuanto se relaciona con la Causa primera y sus procedimientos, damos publicidad al artículo

LA RESURRECCION DE LA CARNE

Sonaron las trompetas, resucitó la carne, y la humanidad en inmensa legión y como arrastrada por violentísimo huracán, acudió á prosternarse ante el divino Juez. Y el Juicio comenzó, sin que de él se libraran ni los que antes de llegar al uso de la razón habían muerto.

Frente al divino tribunal fueron desfilando todos, hombres y mujeres, con el bagaje de sus culpas, que los ángeles ponían sobre un platillo de la balanza, á la vez que en el otro colocaban las buenas acciones; y en tabletas de diamante escribían con rayos de luz las sumas de los pecados y de los méritos y el saldo á su favor ó en contra que resultaba, presentándoselo después al Señor.

Y El, con sublime ademán, hacía surgir otro signo aritmético al pie de los números escritos, y realizando rapidísima operación de cálculo dictaba al punto la sentencia.

Mas los pecadores y los mismos Angeles vieron con asombro que más de uno y de ciento y de mil que en la primera cuenta resultaban condenados, iban por virtud de la segunda caminito del cielo; mientras que no pocos cuyo saldo á favor hacía esperar que se les abriesen las puertas de la Gloria, tomaban la cómoda vía que conduce á la eterna condenación.

Y el Señor, que todo lo observaba, habló y dijo así:

Os asombrais pobres criaturas al ver que mis cuentas no se ajustan á las que los Angeles hicieron, y es que no sabeis mis matemáticas. Un signo que yo sólo puedo poner, altera todos vuestros cálculos: ese signo es el coeficiente determinado por la educación, el temperamento, la ley de herencia fisiológica, el medio ambiente, la infinidad de circunstancias que rodean al hombre, las fuerzas que por ley natural obran sobre su voluntad y su razón.

Ved ahí en ese grupo de bienaventurados, un ladrón, una ramera, un asesino, algunos paganos y un ateo; y en esa otra parte, entre los precitos, un hombre á quien juzgasteis bueno, una virgen consagrada á mí, un eremita que murió según vosotros en olor de santidad. ¡Pero no sabeis, como sé yo, cuál es el coeficiente que estampé en la cuenta de cada uno!... En la del ladrón, la miseria y el abandono social; en la de la cortesana, el vicio ajeno que la empujó más que la maldad propia; en la del asesino, el alcoholismo de sus padres que engendró su maldad y armó su brazo. Y esos que á su lado están, adoradores han sido de otro Dios, es verdad, pero ignoraban mi existencia, á ellos no llegó mi palabra ó su cerebro no tuvo capacidad para

comprenderme; más fueron justos, y sin conocerme, ó conociéndome con otro nombre y apariencia predicaron el bien tal y como se les había enseñado.

Y aquel que reputasteis por bueno, hizo de la conveniencia virtud y no tuvo caridad para las faltas ajenas; y la castidad de aquella virgen fué un caso de la más completa anafrodisia.

La duda que envenenó vuestra vida terrenal aun os agobia al ver que perdoné á quien me negó y consagró su talento á combatir la idea de mi existencia. Es así: ofuscada su razón por falsas doctrinas, no creyó en mí ni en mi justicia; mas en medio de su ceguedad, sin esperanzas de castigo ni de premio, realizó el bien, y pensando aborrecerme hubo de amarme en mis criaturas amando á sus prójimos y practicando la caridad. ¿No le he de perdonar? En cambio condeno al que tuvisteis por santo y sólo fué el mayor de los egoístas. Creyó en mí, ciertamente, y me *temió* mucho y dedicó su vida entera á procurar su salvación.... mas no por amor á mí, ni á los hombres, sino por amor á sí mismo. Aislándose del mundo mortificó sus carnes, obra mía; quebrantó las leyes de conservación que yo promulgué, y si hubiera podido sacrificara los cielos y la tierra y hasta á su Dios al fin exclusivo de su egoísta felicidad.

Así habló El, llenando su palabra de harmonía inefable los ámbitos del mundo. Y el coro celestial y la humanidad congregada exclamaron á una voz: ¡Infinita es Señor Tu caridad!

—No la llameis mi caridad, añadió el divino Juez; dadle su verdadero nombre: mi justicia.



De la revista *Natura*, de Montevideo, correspondiente á junio último:

LEYENDO A VERESSAIEF

ALGUNAS PALABRAS SOBRE LA MEDICINA ORTODOXA ACTUAL

Un nuevo nombre ruso, mundial.—Veressaief y la literatura rusa, en castellano.—Quien es Veressaief.—El Hospital; la experimentación; una ciencia experimental sabia é impotente.—Lo que se sabe; escuelas médicas.—La moda en la medicina; las «novedades»; unos cuantos fracasos célebres.—El «efecto» tomado sistemáticamente como «causa».—El mal que parece provenir de unos cuantos, es producto de toda la sociedad.

Para el eminente Doctor é investigador
JUAN LÓPEZ DE REGO, Médico del porvenir, que
anacrónicamente vive en nuestros días.

UN NUEVO NOMBRE RUSO, MUNDIAL

Entre los diversos nombres que Rusia ha lanzado modernamente á la ávida curiosidad europea, uno, el de VERESSAIEF—*Dr. V. Szmi-*

dowiez—ha venido á ser mundial rápida é inesperadamente, merced á una obra modestísima, sin pretensiones literarias y que apenas estaba destinada á la publicidad.

Rusia tiene este curioso privilegio. Pueblo poco conocido y aislado; dotado de una lengua difícil; poblado por razas, algunas, de atavismo mogol; apartado de Europa, geográfica, etnológica y filológicamente, produce, sin embargo, como por estallido, cristalizaciones mentales sorprendentes. De entre la bruma de sus ciudades—nihilismo, Siberia y knut; aparte—brotan efloraciones que se imponen. Recordad algunos nombres y vereis con sorpresa que sois deudores de muchos soportes mentales á este pueblo tan poco conocido.

Deseo reconocerlo hoy que intento hablar de uno de sus hijos, de Veressaief, en quien he hallado admirablemente expuesta la protesta más personal que conozco contra la pseudo ciencia ortodoxa de nuestros días: este «pueblo bárbaro» que no es sino un conglomerado de razas en espera de fusión, (1) nos reserva grandes sorpresas. Y Veressaief es un anticipo. Estudiémosle.

***

El autor de *Las Confesiones de un Médico*,—obra parangonada con las de Zola y Tolstoi—ha sido traducido por segunda vez al castellano. (2) La primera versión—casi agotada—apareció en Madrid en la biblioteca «Rodríguez Serra» entre otras obras de éxito: la *Tetralogía*, de Wagner; *Los Jardines de las Reinas*, de Ruskin; *Salomé*, de Oscar Wilde; *Las Afinidades Electivas*, de Goethe; *El Budhismo Esotérico*, de Sinnett; (3) y otras.

La segunda versión ha aparecido en América, publicada por esta misma Revista y prolongada y anotada por un ilustre correligionario. No será la última.

VERESSAIEF Y LA LITERATURA RUSA, EN CASTELLANO

Aparte del éxito que tiene la obra de Veressaief desde el punto de vista científico, posee además para los amantes de lo humano y del arte, el de venir á enriquecer—joya valiosa—el abundante contingente de literatura rusa traducida al castellano.

Resulta que tal literatura tiene entre nosotros numerosos y selectos admiradores. Hay obras, una de tema eslavo, descritas por nuestros grandes críticos. (*La Novela y la Revolución en Rusia*). Gogol y

(1) Esta fusión tendrá lugar el día que se agote el germen mogol de crueldad y de suplicio. En ese día brillará en las llanuras eslavas, *la más inmaculada pureza aria*, que ya hoy mismo ilumina á ciertos precursores geniales.

(2) El doctor Díaz Pérez ha creído ver una nueva traducción, lo que no es más que una reimpresión comentada y prolongada por nosotros.—N. DE LA D.

(3) Traducido y comentado por los inolvidables laboradores señor Marqués de Montoliu y don José Melián.

Puschine, editados en bibliotecas populares, son leídos desde hace más de veinte años. Tolstoi, Turguenef y Dostoyusky, están casi íntegramente traducidos. Socialistas y rebeldes han propalado de tal modo á Bakunine y Kropotkine, que sus obras son en España un devocionario del obrero. Africano Alejandrowich Spir, el original maestro de Tolstoi—está en las colecciones filosóficas vulgares. Las bibliotecas «económicas» han llevado hasta los últimos rincones de la Península, los nombres de Usevolod Garchine, de Tchekhov, de Gorky, que son anunciados en curiosa mezcolanza con los de Valera, Pereda, Galdós, Valdés y otros. Es más, los aficionados iberos á la novela reconstructiva, van olvidando á Lytton, Ebers y aun á Flaubert, por Merejkowsky. Novicow es conocido, entre otras razones, por haber codirigido con el sueco Björnson y con el filósofo Salmerón, *L'Europeen* (1). Y en arte mismo, cuando la célebre *Capilla Rusa* dió á conocer en Madrid la música eslava arcaica, fué tan admirada como lo fué Tchaiskowsky y las gigas rusas. Ultimamente se tradujo una *Historia de la Literatura Rusa*, la de Valinewsky... Y por si todo ello no fuese suficiente, los teósofos hemos trasladado al castellano, *íntegras*, las producciones dc aquel gran intelecto, desideratum de laboriosidad y originalidad que se llamó Helena Petrowna Blavatsky, la autora de *The Secret Doctrine*, *Isis Unveleid*, y tantas otras obras leídas en todas las lenguas por miles de discípulos de la célebre princesa de Ekaterinoslaw...

No era pues exagerado Gómez Carrillo cuando decía: «Gracias á la curiosidad inteligente de la Pardo Bazán y otros escritores castellanos, la literatura rusa, ha dejado de ser, para nuestro público, un misterio exótico y lejano. Las traducciones de Tolstoi abundan en las librerías de Madrid tanto como las traducciones de Zola. Y cada vez que en San Petersburgo aparece una obra nueva, los periódicos de España hablan de ella como si se tratase de una producción nacional. Nuestro entusiasmo por las letras eslavas es apasionado. Entre las literaturas modernas de Europa, sólo la francesa nos interesa más que la rusa.

Algo semejante acontece en cierta parte de América. De aquí que la obra *Confesiones de un Médico*, haya obtenido el éxito que ahora comienza á trascender públicamente.

Veamos si lo merece.

Quién es Veressaief y qué estudia

Veressaief es un amante, romántico, artístico y profundo, de la verdad que protesta del mercaderismo que generalmente impide la visión de ésta. Pero las palabras están gastadas: podría creerse que

(1) El célebre *Courrier International Hebdomadaire*, París, 24, Rue Dauphine.

Veressaiet ama la verdad enteléquica, abstracta, cuando lo que él anhela es la viviente, la que nos rodea cada día y vemos á todas horas, aunque ignorándola sin embargo. Todos «aprendemos» en la cátedra, infinitas cosas que ó las sabíamos ya ó que no las sabremos jamás, ni antes, ni después de «aprendidas». Y no nos llama la atención esto que nos parece cosa natural. Tomamos de los conocimientos que nos exigen, aquello que vale no «para la vida»—¡aun esto sería algo!—sino para la simulación del conocimiento: la apariencia *A* ó *B* que equivale al resultado académico ó social *H* ó *X*. A pocos es dado, sopena de extraviarse—y sobre todo de «desacreditarse»—investigar sobre las cosas á medida que van presentándose al intelecto. El análisis es una rebeldía; es el escepticismo... Y por huir de él, caemos en el dogmatismo científico que es más absurdo que el religioso. Cuando estudiamos matemáticas, si acaso llegamos á saber verdaderamente qué es un binomio ó una parábola y para qué sirve, es un milagro. Cuando estudiamos historia no llega á nosotros sino «el cuento» histórico. Sólo si, por azar, y temerariamente, ensayamos alguna vez la crítica de nuestros conocimientos, entreabrimos las puertas del saber... Y este es el caso de Veressaief, caso el más curioso que ha producido la psicologia profesional moderna: el de un hombre que *antes* y *después* de estudiar Medicina se reconoce con la misma imposibilidad é incapacidad para curar, y ¡lo dice!... El autor de *Las Confesiones de un Médico*, resulta, pues, un analista indomable que viviendo en perpetua «revisión de sus valores» profesionales, lealmente, con la mano en el corazón y con dolor, nos declara que él, y como él muchos, nada saben sobre nosotros, no obstante ser los dueños de nuestras vidas!

Sus ingénuas *Confesiones*—que sólo podrían tener rival en las del gran Rousseau—son emocionantes y conmovedoras; afectan á nuestra existencia. Veressaief es un médico de sabio intelecto, que ha estudiado tanto por lo menos como el que cura á nuestra mujer ó nuestros hijos; y él dice que no sabe; que es punto menos que imposible saber algo. Y lo grave del caso es que en verdad Veressaief no es un sectario, ni el partidario de una tesis deseoso de probarla; sino un hombre que se limita á escribir su vida: sus errores: sus deficiencias é incapacidades, de las que él se da cuenta porque es un analista, ¡de las que los demás médicos ni hablan por forzosa conveniencia y por ignorancia! Pero examinemos el caso.

Veressaief ejerce siete años la medicina. No es un simple practicante. El dice que es un médico de conocimientos vulgares. ¡Pero como él, y aun peores, los hay que ejercen y que hasta llegan á tener clientela, es decir: á ser dueños de la salud y de la vida de una institución, de un distrito, de una ciudad! Es pues sencillamente un hombre que carece de osadía; que no tiene ese gallardo cinismo que suelen proporcionar la amoralidad y la ignorancia. Está perdido!

La primera y más perniciosa circunstancia que se le pone en contra, es que no llega «á ese grado de *endurecimiento profesional* al que se arriba más ó menos tarde en todas las carreras».

¡El «endurecimiento» profesional! Es decir, el acorchamiento del espíritu, la insensibilidad ante el dolor; la indiferencia ante la equivocación lamentable que puede costar una vida; el encallecimiento ante el frecuente fracaso que sólo es visible en la alcoba; la muerte producida por torpeza, rápidamente ó á plazos... Veressaief no llega ni á la conquista del famoso «endurecimiento». No logra acallar jamás sus escrúpulos; no puede embotar la intensidad de sus impresiones; agota en cada caso que se le presenta—no pocas veces estérilmente—todos sus recursos; es un médico á quien cada enfermo le inquieta, le persigue, porque no ve en él al paciente recetable sino al hombre á quien *hay que curar*, al que por lo menos *debe* curar y al que probablemente no curará!

¡Y sin embargo, Veressaief *sabe!* El ha estudiado, ha trabajado. Muchos médicos inferiores á él, conozco, que viven orondos y satisfechos y hasta respetados. ¿Estudiaron más que Veressaief? No; llegaron á lo del «endurecimiento». Es curioso oir contar á Veressaief sus recuerdos de estudiante. Indudablemente no valía para el caso. Cuando comienza á cortar carne humana en las mesas de disección, á separar músculos, á encontrar nervios, seguirlos, á didipular á través de arterias y tejidos, la carne humana: carne semejante á cualquiera otra, igual á la que se ve en los festines en forma de chuletas; vista por él *ya científicamente*, deja de ser aquel informe aglomerado de filamentos grises y se transforma en algo respetable y casi sagrado. Los músculos, ¿son órganos transmisores de esa fuerza que se muestra en el movimiento? ¿son engendradores? ¿cómo son á su vez engendrados? La disciplina científica le lleva, frente á cualquier problema á infinitas conclusiones y á cualquiera de ellas, por infinitos caminos. ¡Oh qué ciencia hermosa! ¡Qué inmensos horizontes! Veressaief desea consagrar su vida entera al estudio, al trabajo. Pero... resulta que hay que curar y... esto es otra cosa! Veressaief se hace observador, analista, no desmaya. Se transforma en investigador escrupuloso. La crítica experimental y comprobatoria, ese arte de sentido común que tanto nombre dió á Claudio Bernard, le guía con seguridad en sus pequeñas conquistas, en la adquisición de sus conocimientos rigurosamenle basados en la previa comprobación, según ritual...

Y sin embargo ¡qué resultados! Examinémoslos por orden.

El Hospital.—La experimentación.—Una ciencia, experimental, sabia é impotente.

Veressaief nos habla del Hospital. Para dar una idea de qué impresión produce su lectura, tendríamos que recordar la literatura de

Dostoyuski. Sólo este gran narrador cuando nos describe el presidio, la pena de azotes, ó la vida siberiana, compite en intensidad, en emoción y en realidad con Veressaief. Con este asistimos á los episodios sangrientos de las operaciones, al grito de la parturienta, á la convulsión del tétanos, al espasmo del asmático, que no son en la casa de dolor llamada Hospital, sino un espécimen, tanto más interesante cuanto más espantoso. Con él nos explicamos ese horror de ciertos enfermos al Hospital, donde han sido destrozados en nombre de una enseñanza problemática, muy útil acaso á otros seres, pero no á ellos. Asistamos á una «inspección» entre mil:

«Ante mis ojos se presenta en este instante una sala semiobscura. Es la hora de la visita vespertina. Nosotros, estetoscopio en mano, nos agrupábamos, rodeando á un interno que nos mostraba sobre un enfermo, la respiración estertorosa. El paciente obrero estaba en el último grado de la tisis; su rostro, excesivamente flaco, estaba violáceo; respiraba á prisa y superficialmente; en sus grandes ojos, fijos en el techo, leíase un intenso sufrimiento...

—Si apoyais vuestros estetoscopios en el pecho del enfermo—explica el practicante—y al mismo tiempo dais unos golpecitos así—los da—oireis un ruido franco, sonoro, metálico, que se llama *anfórico*. —Usted primero, amigo,—continúa dirigiéndose á un estudiante—y luego ordena al enfermo:—A ver; ponte de lado, incorpórate, siéntate!...

Ofrecen brutal contraste aquellos padecimientos solitarios, con las explicaciones que motivan. Con frecuencia el enfermo es muy sensible á ellas. Los enfermos graves y que por ello, son precisamente más importunados como «casos preciosos», se afectan mucho...»

Recordaba leyendo á Veressaief, el capítulo de Dostoynski, sobre el hospital en su *Novela del Presidio:*

«Muchos son los médicos que disfrutan del afecto del pueblo... Se que mis palabras parecerán paradógicas, sobre todo si se considera la desconfianza que ese mismo pueblo siente por la medicina... Prefiere, aún padeciendo graves enfermedades entenderse con una hechicera, ó valerse de remedios caseros—no despreciables por otra parte—á consultar á un doctor ó á presentarse en el hospital...



He aquí el primer tropiezo. O hay que estudiar sobre el cadáver, ó en seres enfermos—y generalmente á costa de ellos—para «curar» á otros. Y esto que parece, aparte de fatal, la cosa más natural y lógica del mundo, engendra sin embargo un sinnúmero de aberraciones. Porque habituado á ello, el médico termina por no ver al enfermo sino como á un ejemplo, en el caso de que sea estudioso, y si no lo es, como un problema, en muchas ocasiones insoluble! Y hé aquí al enfermo transformado en víctima; ya del médico novel y tímido por... deficien-

cia, ya del habituado y práctico por... exceso! Víctima que á lo sumo sale de las Salas, paliada, casi nunca curada, y cuya salud futura quedará tan desconocida para los alumnos como la de un habitante de Marte.

Dr. Viriato Díaz-Pérez.
(Asunción-Paraguay)

(Continuará)